

Papi es como Jason, el de *Viernes trece*. O como Freddy Krueger. Más como Jason que como Freddy Krueger. Cuando una menos lo espera se aparece. Yo a veces hasta oigo la musiquita de terror y me pongo muy contenta porque sé que puede ser él que viene por ahí. La musiquita es a veces mami que me dice que papi llamó y que dijo que viene a buscarme para llevarme a la playa o de compras. Yo me hago la loca segura de que no viene por ahora porque al que le van a hundir un machetazo en la cabeza no le avisan, por eso es que van tan brutos y se acercan a los arbustos o al closet, de donde sale una luz misteriosa, diciendo: Helen? O dizque David?, cuando se sabe que quien está detrás de los arbustos no es Helen ni David sino papi, con su bate de softball de aluminio levantado o un hacha o un pico.

Papi está a la vuelta de cualquier esquina. Pero una no puede sentarse a esperarlo porque esa muerte es más larga y dolorosa. Lo mejor es hacer otros planes, quedarse con la pijama puesta y ver todos los muñequitos desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche o incluso salir a pasear, que es un juego que se inventó mami y que se llama: si papi te quiere, que te encuentre. Pero Jason sabe más que eso y se desaparece por meses y hasta años, hasta que a mí se me olvida que existe, entonces la musiquita de terror es el mismo papi dando bocinazos desde su carro y yo bajo los escalones de cuatro en cuatro para que él me vuelva carne molida lo más pronto posible.

Pero en lo que más se parece papi a Jason no es en que se aparece cuando una menos lo espera, sino en que vuelve siempre. Aunque lo maten. Cuando papi se fue la primera vez para los Estados Unidos con una cubana que no quería que papi le mandara dinero a nadie, mi abuelita Cili dijo: está muerto para mí. Y cuando papi le dijo a mami que se iba a casar de nuevo, pero no con ella, mami le dijo: te me moriste. Y yo creo que una vez que papi me dejó esperando yo lo llamé por teléfono y le dije: ojalá te mueras. Y me imagino que muchas otras

gentes también le desecaban la muerte, como a Jason, que no hace falta un detective para descubrir que todos le teníamos ganas y que cuando nos pasaron el puñal lo hundimos no una sino muchas veces (como éramos tantos y estaba tan oscuro, quién se iba a poner a contar), y es que además por matar a Jason no meten a nadie preso.

Por eso cuando me dijeron que él iba a volver yo había dejado de esperarlo hacía tiempo y había visto un millón de veces su regreso, la ropa con que papi iba a volver, cómo iba a bajar del avión, oliendo el aire salado, arrodillándose para lamer el suelo.

Y luego, esto también ya yo lo había visto: cómo se calza los tenis Nike, pero se deja el traje de 2.000 dólares y mientras el oficial de migración le pregunta si viene de visita papi se pone en posición de salida con las manos en el suelo, con una pierna hacia atrás y la otra recogida, y cuando el sello cae sobre el pasaporte él sale disparado y comienza a correr y a correr y en su mente también corre desde el Aeropuerto Internacional Las Américas hasta la Feria, hasta el frente del edificio de la Lotería Nacional, hasta la casa de su mamá, como le había prometido a Gregorio Hernández, el santo doc-

tor, si le concedía volver rico, y ahora vuelve y todo ese dinero que ha ido amasando vuelve con él.

Y nosotros a él también lo hemos estado amasando, te hemos estado esperando, papi.

Te estoy esperando en el balcón de la casa de tu mamá, en casa de Cili. Te espero con los puños cerrados y la boquita pegada a la barandilla fría del balcón, imaginando cómo vas a saltar del carro hasta el balcón (que está en el tercer piso) y cómo vas a cargarme y vas a decir que estoy más grande y que ya casi no puedes cargarme, pero qué va, tú vas a poder cargarme siempre, y me cargas y me aprietas y me besas la frente y yo hundo la cabeza en tu cuello para oler tu perfume «de fuera», para ver si has cambiado de perfume, para ver.

Ya todo el mundo sabe que estás volviendo, que vas a regresar, que vuelves triunfante, con más cadenas de oro y más carros que el diablo. Ya todo el mundo lo sabe. Ya están imaginándose cómo regresas a ellos, a cada uno de ellos, y cómo cada uno te ha estado esperando y ha estado fantasmearlo y ha estado anunciando en el barrio, en la casa, por teléfono: vuelve.

Y se sueñan contigo llenando la maleta con regalos para ellos y se sueñan que tú sólo trabajas para ellos, sólo vives para ellos, sueñan que tú les debes todo en la vida, en sus sueños. Se imaginan el reencuentro. Tú, con tu traje de plata, tus zapatos de azabache, corriendo desde el aeropuerto, no, pagando un avión del aeropuerto a sus casas para, antes que nada y primero que todo, tocarles la puerta y despertarlos con una ducha de billetes verdes que saben a azúcar de pastelería.

Y el día llega y todos y cada uno se despiertan, se echan un cubo de agua, se deshollinan. Éste es el día, el día en que va a saberse lo que es bueno, en que tú vas a volver para retribuirles a ellos todo lo que ellos te dieron cuando eras un hijo de machepa, todos los fósforos que te prestaron, los fondos de cerveza que te brindaron, las bolas en la cola de un motor que te ofrecieron. Algunos han hecho una lista en sus mentes de cada cosa que les debes y por cada cosa escriben, también en sus mentes, lo que vas a traerles, la forma en que ellos creen que debes pagarles. Y cuando la lista es muy larga (porque han anotado hasta las veces que te dirigieron la palabra) empiezan a pedir prestado, comienzan a endeudarse, a despilfarrar esa fortuna que ya sienten suya, esa fortuna que irremediablemente describi-

rá una perfecta trayectoria de churría radiante desde tus bolsillos hasta las caras, las manos, las bocas, los pechos de todos ellos; tus sobrinos, primos, hermanos, amigos, concuñados, allegados, vecinos, compañeros de escuela, tíos, padrinos, compatriotas, amigos de un tipo que está casado con una doña que es hermana de un fulano que se graduó de la Marina un año después que tú.

Y se organizan, se están organizando a ambos lados de la avenida bordeada de palmeras porque todos han tenido la misma idea, ir a tu encuentro, y se han preparado, pancartas en mano, banderolas, letreros, cruzacalles que dicen güelcon güelcon! Otros que no pensaron tan rápido ahora se suben a las palmeras de la Avenida Las Américas para dejarlas calvas y ponerle las pencas verdes en el suelo, otros se tienden ellos mismos en el asfalto para que les pases por encima, otros traen camiones electrizantes, con torres de bocinas que tocan *El Triste* de José José porque una noche te brindaron un picapollo y ponían esta canción y piensan que es una buena forma de refrescarte la memoria. Y otros vienen en camionetas con los vidrios tintados y en el techo altoparlantes por donde voccean consignas y relatan anécdotas sobre ellos y tú. Otros vienen disfrazados de miembros de la Defensa Civil para

poder empujar a los demás y dicen: Vamo a organizarlo, vamo a organizarlo, agitando batutas con sus chalequitos naranja que a la legua se ve que son hechos en casa. Pero la gente por fin se va organizando, ponen sus nombres en un libro que una doña va pasando (y la doña también vende dulce de maní) para que sepas quién vino a recibirte y quién no, y ahora se ve el avión descendiendo y las mujeres comienzan a caer en trance y a botar espuma por la boca y los hombres con chorrera en las piernas bailan el perrito agarrados a los bompers de los carros.

Y aquí vienes, aquí vienes corriendo. La gente se ha organizado a ambos lados de la avenida, una cuerda los separa de tu cuerpo, pero ellos estiran los brazos para que tú les choques esos cinco sin dejar de correr y ya te has quitado el traje de 2.000 dólares y llevas un jogging suit azul cobalto de 1.700 dólares, y ha comenzado a llover y la gente saca paraguas y plásticos para cubrirse y un palomino corre detrás de ti con un pedazo de cartón para que no te mojes la cabeza, pero sudas tanto que parece que te estuvieras mojando anyways y detrás de ti una caravana de carros con sirenas, patanas, camiones, motores y motonetas, y muchos corriendo y otros en sillas de ruedas, en bicicletas, alum-

brándote con luces de halógeno entre la lluvia por-
que se está haciendo oscuro.

Y la gente comienza a distinguir la caravana de réplicas del Pontiac Trans-Am que se manejan solos que papi trae para vender. Decenas de trajes de 5.000 dólares que papi trae para ponerse. Miles de relojes, cadenas, anillos y guillos de oro blanco que se ajustan sobre el cuerpo de papi con sólo pensarlo y que papi no piensa apearse ni muerto. Y hay quien sale con un bebé en brazos para que papi se lo bautice (el cura, la madre y el monaguillo con la pila bautismal también juyendo) y hay quien mata un puercito en nombre de papi para que una señora lo alcance y le acerque el tenedor a la boca para que papi soplo el puercito asao y luego ñau, se lo trague sin dejar de correr. Y así le van matando gallinas, chivos y guineas todo el camino y él, sin dejar de correr, va probándolo todo, y cuando un perico ripiao, que también corre, le toca *Compadre Pedro Juan*, para que se sienta como en casa, papi hace como que baila, con una mano sobre el abdomen y otra levantada, menecando el fundillo, pero acelerando el trote.

Y antes de que yo pueda tocarlo lo vemos en la tele, chocando manos desde el aeropuerto hasta la

feria, trotando, volviendo, trotando, sudando, corriendo, a veces, por un par de segundos, se ponen dos dedos en el cuello y mira su reloj caminando. Dos palomitos de la Defensa Civil le pasan un par de Nikes azules cada dos kilómetros porque se le gastan las suelas, y el señor del noticiero de las seis de la tarde con una foto de papi sobre su hombro derecho dice: el niño mimado de Quisqueya vuela, y hacen un re-play de las imágenes que han capturado hace unos minutos: papi bautizando un bebé, una anciana metiéndole a papi un trozo de cerdo en la boca, papi sonriendo y juntando sus dos manos por encima de su cabeza como los ganadores. Luego en la pantalla los autos y las cadenas y una mujer encinta que cae desmayada por la impresión.

Me asomo al balcón para ver si ya llega y lo que llegan son las vanettes de los canales de televisión a esperarlo, una hilera de presentadores en la acera, micrófonos en mano señalando hacia aquí. Yo saludo con la mano desde el balcón de Cilí y cuando entro para ver si en las noticias dicen por dónde anda papi, me veo en la pantalla en el balcón de Cilí diciendo adiós con una mano.

Papi tiene más de to que el tuyo, más fuerza que el tuyo, más pelo, más músculo, más dinero y más novias que el tuyo. Papi tiene más carros que el tuyo, más carros que el diablo, tantos carros que tiene que venderlos porque no le caben en su propia marquesina. Papi tiene carros que hablan y te dicen que te pongas el cinturón y que cierras la boca, en inglés, francés y otros idiomas. Papi los maneja, uno diferente cada día, porque son tantos que tiene que reparárselos, uno por la mañana, uno por la tarde y otro por la noche, es decir cada cuatro horas. A veces uno incluso para el almuerzo. Uno para irme a buscar al colegio, uno para ir a mi primera comunión, uno para visitar los dominicos, uno para ir a visitar a su mamá y otro para sus hermanas, un Jaguar para el día de los padres, un Camaro para el día de los enamorados, un Be Emé

Doble u para las inauguraciones, un Ferrari para llevarme a comer helados. Un carro que usa cuando va a traerle a mami mi mensualidad, uno para cuando viene a decirle a mami que quiere volver con ella y otro (por lo general un Mercedes baby descapotable) cuando viene a decirnos que vuelve a casarse con otra y que nos invita a la boda y deja los muebles de mami impregnados con su perfume que es muy fuerte, más fuerte y más caro y más bueno que el perfume que usa el tuyo, si es que acaso tu papá ha visto alguna vez uno.

A mami le da dolor de cabeza.

Papi tiene carros con los vidrios negros, por donde no pasa ni una lucecita, y que además tienen cortinillas negras para que no pase ni una lucecita. Carros que te dicen quién fue que dejó la puerta abierta o quién se está comiendo los mocos, carros largos y gordos, carros a los que se les abren las puertas levantándolas hacia arriba, que hacen que la gente se aglomere alrededor cuando todavía no nos hemos desmontado, que hacen que un montón de niños y jóvenes y viejos casi todos negros y descalzos venga corriendo a tocarnos porque creen que es una nave en la que aterrizamos papi y yo, casi siempre frente a una cervecería o un car wash en el Malecón, y vienen a

tocarnos a nosotros y al carro y le preguntan a papi por el carro, por mí y por el carro y papi les responde sin mirarlos, como si no fuera importante, como si los carros volaran desde siempre, como si papi y yo estuviésemos aterrizando en un carro que parece una nave frente a todas las cervicerías del Malecón todas las tardes, y es verdad.

Y papi se desmonta y deja el carro abierto para que los niños, los jóvenes y los ancianos (casi todos negros y flacos y descalzados) puedan subirse y activar el limpiavidrios y las luces y abrir las puertas que se abren hacia arriba como alas de gaviota, como en una nave. Y, a veces, papi hasta les da la llave para que lo enciendan y salgan volando, pero son tan brutos que hacen tres piruetas y luego se estrellan en el mar o en los arrecifes del Malecón o se quedan enredados en el tendido eléctrico como zapatos muertos.

A papi ni le importa. Ni que se maten, ni que le dejen los carros empalados encima de un cocotero, como tiene tantos. Papi lo que hace es que inmediatamente saca una foto del accidente con una polaroid y se la regala a los niños, jóvenes y viejos que han sobrevivido, que en cuanto damos la espalda se entran a trompadas por la foto.

Mi papi tiene tanta ropa y tiene tantos closets para guardarla que a veces cuando quiere ponerse una camisa tiene que comprarla de nuevo porque se olvida en cuál closet es que está. Y tantos poloshirts con el hombrecito jugando polo en el pecho que tiene como quince closets para guardar los poloshirts, uno para cada día de su vida, si él quiere. Y estos poloshirts aunque los lavan tienen el perfume de papi todo el tiempo y aunque los lavan se les queda y aunque papi los mande a lavar no se les quita y cuando papi quiere cambiar de perfume tiene que cambiar toda su ropa y comprarse toda esa ropa de nuevo y comenzar por el principio.

Mi papi tiene más carros que el diablo. Mi papi tiene tantos carros, tantos pianos, tantos botes, metralleras, botas, chaquetas, chamarras, helipuertos, mi papi tiene tantas botas, tiene más botas, mi papi tiene tantas novias, mi papi tiene tantas botas, de vaquero con águilas y serpientes dibujadas en la piel, botas de cuero, de hule, botas negras, marrones, rojas, blancas, color caramelo, color vino, verde olivo, azules como el azul de la bandera. Botas feas también. Botas para jugar polo y para cortar la grama. Botas de hacer motocross, mi papi tiene motores, motonetas, motores ninja, animales domés-

ticos, four wheels y velocípedos. Papi tiene el pelo rizado, negro y rizado, porque cuando era mari-nero y tenía uniformes, blancos, kakis, botas, una escopeta de palo, una escopeta de mentira para hacerse fotos, mi papi tenía el pelo muy corto, porque en la Marina de Guerra se lo cortaban a caco, con una navaja eléctrica que hacía zum zum y le quitó lo que le quedaba de rubio en la cabeza, porque es que papi cuando era niño era muy rubio, con el pelo casi blanco, casi albino, y muy lacio y muy largo porque se atoró un día con un pedazo de plátano y su mamá le prometió a la Virgen de la Alagracia mientras papi se iba poniendo como una aceituna negra que le iba a dejar crecer el pelo a papi si se lo salvaba del plátano y por eso en todas las fotos papi tenía su pelo muy rubio, muy lacio y muy largo y le hacían muchas fotos en las que casi nunca se le veía la cara, sólo el pelo muy largo, y en las que si se le veía la cara parecía una niña, con una trenza muy larga y muy blanca que le llegaba hasta la cintura más o menos.

Pero ahora lo tiene negro y tupido y corto, un mini afro. Papi tiene amigos que lo peinan y que vienen a peinarlo, con blowers y un cepillito redondo, cilíndrico, que suena cras en el pelo de papi que es muy negro y muy rizado. Los amigos de papi,

los que lo peinan y lo afeitan y le cortan las uñas y se las pintan con un brillo transparente, también me peinan a mí, me lavan la cabeza en el lavamanos, me lo secan con una toalla y me lo secan luego con un blower y un cepillo redondo, cilíndrico, más grande que el de papi, porque mi pelo todavía está medio rubio, y no tan lacio, ni tan largo, ni tan albino. Después nos echan gotitas mágicas en el pelo a los dos y yo me veo en el espejo con la melena casi iguales y yo me veo en el espejo con la melena casi rubia y es verdad que soy casi igualita a papi.

El blower también es de papi, y los cepillos y el amiguito que viene a lavarnos el pelo y a peinarlos y a secarnos y a pintarnos las uñas de colores, a mí de rosado, que luego se me descascara y papi, que también tiene removedor de esmalte en una gavetita y limas y piedras pome y cremas hidratantes y aceite de cacao y aceite johnson, me sienta en sus pier-nas y me saca el cuté rosado con un algodoncito y otro algodoncito que caen al piso y parece como si estuvieran sucios de sangre.

Papi pierde la cuenta de los jackets que tiene, de los que le regalan sus amigos dueños de discotecas, que mandan a hacer jackets, relojes y gorras con sus iniciales bordadas en oro para regalarlos en las

inauguraciones y en las fiestas de fin de año a las que papi llega con una novia, un carro y un par de botas nuevas. Más nuevas que cualquier cosa que vayas a tener tú o tu papá, si es que acaso sabes lo que significa tener uno. Jackets con logos o sin ellos, azules, jackets como los de los peloteros, jackets fosforescentes, enormes, acolchados, jackets en los que me sofoco desde que me los pongo, pero yo me los pongo y no me importa, yo me los pongo todos en cuanto papi se va y me quedo sola con todos los closets de papi y me meto en todos sus walk-in closets y me pongo todos sus jackets y me quedan muy bien. Un poco grandes, pero eso está a la moda, pienso, y me pongo un jacket de papi y unas botas de papi y camino el pasillo entre el primer closet y el último con cada combinación, sonando las botas claca claca porque ese sonido a mí me gusta mucho y me siento como un vaquero, como en otro mundo.

Cuando papi me ve con los jackets me dice que a él le da calor verme con ellos puestos y yo no entiendo. Que a él le da calor verme con ellos puestos. Yo me los dejo puestos y papi suda, suda, suda, suda, suda, suda, suda muuuucho. Se pone colorado, parece que va a reventar. Me dice que esos jackets son para el invierno. Y yo no entiendo. Que esos

jackets son para el invierno. Yo me los dejo puestos y ahora también me he puesto unos Ray-Ban de papi que son de oro, porque papi tiene más gafas que nadie, como ciento veinte. Papi está sentado viendo *Rocky III* y a Rocky le están partiendo la semilla y yo me estoy poniendo otro jacket más y papi se está volviendo agua. Ya se derrite completamente sobre el sofá, el control remoto flota sobre el charquito de su mano, también hay humo porque el sudor se evapora rápido, el control remoto cae en el piso, entonces yo comienzo a quitarme los jackets de papi, uno por uno muy rápido, porque no quiero quedarme sin papá, pero cuando me quito el último papi es ya una mancha de sudor en el sofá y sobre la cara de Rocky ruedan los créditos mientras él llama: Adrian!!!! con la boca torcida.

Pero no es Rocky el que grita, me he confundido, es papi, que bebe tanto y se pone tan malo. Porque papi tiene muchas botellas de todo y se las bebe con sus amigos que también traen más botellas y juegan dominó con un dominó de oro que le regalaban a papi, probablemente otro dueño de discoteca. Y el ruido de las fichas del dominó de oro se confunde con la chocadera de vasos y botellas y hielo. Y la sirvienta, una de ellas, ve el precio de las botellas y le dice a papi que si es verdad que esa

botella cuestra más que lo que ella gana. Y papi ahora vomita junto a la cama, vomita verde, verde, verde y luego amarillo amarillo y luego rosa y luego ya de un rojo muy oscuro. A mí no me gusta. Sin- ceramente. Papi vomita más que yo, que desde que me llega el olor me dan náuseas y corro a echarme berrón en la cabeza y en la nuca y a ponerme hielo en las axilas. Me estoy poniendo mala, me estoy poniendo mala.

Papi se está muriendo, yo me estoy muriendo, por suerte papi tiene una ambulancia, dos ambulancias con su chófer cada una que nos vienen a recoger para llevarnos al canódromo y allí estamos papi y yo en sillas de ruedas viendo cómo los perros persiguen una liebre de madera, con una enfermera- azafata que nos sostiene el suero y lo chequea y mueve la manivela para intensificar el riego. Mi papi y yo hemos apostado toda la tarde a que el perro colorado no gana, y el perro colorado gana siem- pre, es muy divertido. Luego, como papi tiene amigos en todas partes, nos dan un tour backstage, aquí están las perreras y aquí los baños en los que hay charquitos de sangre porque a veces los perritos se mueren después de la carrera y hay unas fun- das de basura de donde sobresalen las patitas de los perritos muertos y luego el veterinario del ca-

nódromo me deja inyectar a un galgo que no tiene nalgas, sino un pellejo que une la pierna y la cadera y allí mismo piss, le clavo la aguja que entra bien fácil en el galgo al que un negro vuelve a meter en su jaulita.

Ya nos vamos mejorando. Nos vuelve el color de la piel. Nos baja la fiebre. Papi hasta se afeita, lo que siempre le hace muy bien porque se afeita y se le quitan veinte años. Es casi un niño. Es tan pe- queño que puedo llevarlo a caballo. Estamos de nuevo viendo *Rocky III* porque parece que este verano, junto con *Dirty Dancing*, es lo único que ponen. Y después papi se duerme en el sofá y yo me hago la dormida, a veces abro un ojo para ver la escena, los dos muy juntos con los ojos cerrados, la luz de la televisión hace que papi se vea más lin- do y subo el volumen de la tele a todo lo que da para que no se oigan los gritos de las novias de papi, para que las malditas no vayan a despertarlo, por- que es que les ha cogido con reunirse en el parqueo y lo llaman y lo llaman y caminan en círculos con pancartas y fotos de papi y me llaman a mí y luego forman una torre humana enterrándose las agujas de los tacos en los hombros para llegar al último piso de la torre que es adonde estamos papi y yo.

Y aquí vienen flacas y altas, regorderas, nargúas, culúas, prietas y pelirrojas, ñatas, aguiluchas, tetrónicas, sintéticas, con las téticas paradas, aerodinámicos los cabellos, maremóticas las pollinas, un tsunami frizado con laca y síndromes premenstruales. Aquí vienen con uñas postizas en las pestañas, con ojos en las uñas, con las agallas así (y cuando digo así me pongo el índice de la mano derecha en el bíceps del brazo izquierdo extendido, o sea, que las agallas deben de medir más o menos su buen pie y medio), encaramadas en zancos y en agujas quirúrgicas, en rayos láser en vez de agujas. Tienen sus propias naves, motores y camionetas, que papi les ha comprado, y vienen todas juntas en bicicletas estacionarias a comerme viva, a meterme la cuchara hasta el fondo, para dejarme un arco tatuado en el paladar, un arco que significa que me han obligado a comer, que se preocupan por mi salud y mi bienestar, que son todas buenas madrastras, que papi ha sabido elegir, que yo debo quererlas y sufrirlas y entenderlas y chupar la leche que sale de sus tetas, téticas, tetazas y decirles mami, manita, mamasota. Vienen como locas, chillando, pujando embarazos ficticios, pujando muñecos de peluche, pariendo bebés de látex que orinan si se les aprieta la barriguita.

Aquí vienen de nuevo limpiándose el pintalabios que traen embarrado en los dientes con servilletas de pizzería, con hisopos sucios, los hisopos con los que me han perforado el tímpano para limpiarme las orejitas, y vienen con más hisopos a limpiarme lo que no me queda porque no se cansan de deshollinarme, de meterme hisopos y enemas por todas partes cuando papi no está, cuando papi sale jugando en un carro que hay parqueado en el balón y en el que papi sale volando cada vez que ellas aparecen, gritando, maldiciendo, jalándose las greñas que son tan duras tan duras que se les caen enteras de la cabeza como piezas de cerámica y se destrozcan contra el piso de granito como si fueran de tierra.

Aquí llegan en patanas decoradas con banderas de plástico rojo, rojo y amarillo, amarillo y morado, banderolas y confeti y serpentinas rojas, en peñadoras con bocinas a 300.000 vatios, haciéndose campaña, dando golpes de barriga y de pechuga tan intensos que a veces se les brota una tripa o un ojo, furiosas, demoníacas, preciosas, horribles fulanas de tal. Me odian, me odian, me odian, me odian, porque tienen que quererme, porque tienen que quererme, porque tienen que quererme.

Nos están alcanzando, le digo a papi, que saca una pistola de debajo de su asiento y me la pasa diciendo: dispara, mientras baja la cabeza al nivel del guía porque nos están disparando, nos están tirando piedras, granadas, pelucas de cerámica que explotan muy cerca de la carrocería de nuestro carro que rueda haciendo cortes de pastelería a doscientas millas por hora en el malecón. Saco un brazo y hago fuego y hago fuego y hago fuego y se oyen los gritos de las novias de papi cayendo de sus carrozas, heridas de muerte, agarrándose un pecho. Y sigo haciendo fuego con las armas que papi no deja de pasarme sin mirarme y bajando la cabeza y manejando con las rodillas y con la otra mano bajándome a mí la cabeza para que no nos maten, para que las bazookas de las hijas de la gran puta pasen de largo.

Y las carrozas que están muy decoradas con estatuas de papier maché y papel crepe (ídolos taínos, carabelas de Colón, Mariás Montezes) comienzan a coger candela y las arpiás escupen para apagarla, pero la saliva de las arpiás tiene un ph combustible que hace que las carrozas enteras cojan fuego y el fuego ya les llega a los pantiflores y yo sigo vaciándoles las pistolas de papi encima y tumbo putas a troche y moche y la multitud, que a ambos lados de la avenida George Washington disfruta del des-

file, se rompe las manos aplaudiendo cada vez que una puta se cae de la carroza hecha un colador y yo saludo a la multitud y ellos me hacen ba bay con la manita mientras se les echan encima a las muñecas muertas para quedarse con los collares y las pulseras.

Papi como que comienza a levantar la cabeza y en vez de una M-16 me pasa una paleta, un lollypop azul que me tiñe la lengua de un azul casi negro, me veo en el espejito retrovisor y pienso, mientras nos vamos elevando (porque por fin tenemos suficiente espacio en la autopista para despegar), que quiero que papi me compre un chow chow, pero antes de que yo pueda decir chow las novias de papi se han transfigurado, el ídolo taíno de papier maché de la carroza ya casi hecho cenizas las ha visto y ha olido su sangre y la sangre de las novias de papi ha clamado y un viento salitroso levanta las cenizas del cení taíno y cubre los cadáveres desartados y la multitud pavorosa corre y se rasga las ropas porque las muertitas ya se transforman, ya convulsionan, ya dan golpes de barriga tan intensos que dos alas les brotan rompiéndoles la carne, dos pencas alas de murciélago, de batichica, del mismísimo diablo y han salido volando prototerdáctilas, dragoniles, hijas de su maldita mai, y

papi y yo alcanzamos los 700.000 pies de altura, los 800.000 pies de altura cuando una de las moñás aferra sus colmillos a los neumáticos. Dispara coño dispara, dice papi, que se ha olvidado de pasarme un revólver y me saco el lollypop de la boca y me salgo casi entera por la ventana del carro (todo a 700 u 800.000 pies de altura, pero papi me agarra por la correa para que no me vaya a caer) y le entiero el lollypop en un ojo a la infierna, que grita muy fuerte, cayendo y arrastrando a todas las demás, una por una, hacia el fondo del mar, levantando una corona de espuma, muy blanca y muy linda, por lo menos desde aquí arriba.

Y papi y yo seguimos subiendo y subiendo y subiendo, ya ni el mar se ve. Y la temperatura comienza a descender y a descender y a descender y papi tiembla y yo tiemblo, y hacemos fogoticos poniendo ambas manos juntas y ahuecando y soplando dentro. Papi enciende la calefacción que llena el carro con un calor de mentira por el que se cue- lan, aún en sus mejores momentos, alfileres de frío. Afuera todo es blanco y le digo a papi que si esto es la nieve, que si ahora por fin vamos a necesitar ropa de invierno. Él me dice que no, que esto son nubes solamente.

Por un buen rato esto es lo único que vemos, blanco y más blanco hasta que una luz amarillenta se cue- la y empapa todo y también se cue- la una música, es un merengue de moda que dice así: *cometa blanca que juegas a ignoraaar, que ya eres mía,* y luego ya podemos ver el letrero de neón color mango en el que una botella de cerveza vierte un chorro de espuma que forma las letras CAR WASH eternamente. Dos prietas con anoraks color mango vienen como patinando entre las nubes y nos ayudan a abrir las puertas del carro de papi, que como ya he dicho antes se abren hacia arriba, y que ahora están atoradas porque la escarcha blanca se ha metido en las rendijas congelándolas. Las dos morenas, que conocen a papi de toda la vida, nos ayudan a meternos dentro de unos anoraks color mango con flecos blancos en la capucha, los anoraks (este car wash tiene un servicio de primera, dice papi) tienen impresos nuestros nombres en plata. Muy lindos, y yo muy feliz y ya entrando al car wash y buscando lugar entre la clientela que está toda muy bien abrigada, acomodados en la barra y en mesitas de formica blanca, todos hombres con el pelo cortado de la siguiente manera: arriba una moña en la que se sacan y se meten los dedos índice y mayor para hacerla más voluminosa, atrás una melenita grasienta y a ambos lados de la cabeza diseños hechos con la

tijera y la navaja con el toro de Sergio Valente, estrellitas de belén o la cara de Tony Mota.

En el ventanal pueden apreciarse los vehículos de los clientes mientras las ex novias restantes de papi amarradas por el cuello con cadenas forradas de un látex lumínico los estrujan con esponjas enormes y hay manguerazos de espuma cayéndoles en el cuerpo todo el tiempo a las chicas que deben de tener mucho frío porque están encuerrecitas.

3

Y papi entonces sale de compras.

Y yo con él.

Porque él es mi papá y yo soy su hija.

Y papi compra tantas cosas que hasta se me olvidan. Porque papi tiene tanto dinero que tiene que usar una cartera de mujer, porque en una cartera de hombre no le cabe y por eso anda siempre con una mujer para que le lleve la cartera, y tiene muchas carteras, a juego con las botas algunas, de piel la mayoría, de todos los tamaños, más lindas y más finas, y también tiene correas, de búfalo, de rinoceronte, de Komodo dragon. Por eso cuando vamos de compras se trae no una sino dos o tres mujeres

34

35

para que le carguen las carteras y las chequeras y las fundas que son tantas que a veces papi prefiere comprar la tienda y quedarnos a dormir allí mismo, entre los aires acondicionados, neveras, licuadoras, televisores y demás artículos para el hogar.

Y cuando yo era más chiquita mi papá me llevaba a mí como una cartera, o eso dice él, que andaba conmigo encima como una cartera. Y cuando él dice esto yo me pongo muy contenta y me imagino con un vestidito de siete pesos que me compró mi mamá en La Sirena, un vestidito que no me lo apean y papi me levanta y yo me quedo montada en su costado como una mochila, como un bulto, una cartera feliz y papi me mira y me dice que ese vestidito no me lo apean, y que si yo no tengo más vestiditos o qué. Y que si yo no tengo pai o qué, y que si yo no tengo mai o qué. Y que cuál es mi casa favorita, y yo pienso en la casa de mami, con sus dos mecedoritas, la flor de pascua sobre la televisión en blanco y negro y, luego, ya papi me ha puesto en el suelo, entramos en una de las casas de papi, que son como ciento cincuenta, en la que están parqueados por lo menos siete carros y en donde siempre hay gente ayudando a entrar un mueble nuevo, una estufa, una botella con un barquito de cristal soplado adentro. Y en cada casa una piscina,

que papi en persona ha llenado con ballenas inflables, dragones, strawberryshortcakes inflables, botes de remos, botes con motor (la piscina es muy grande), submarinos en miniatura adonde cabemos papi y yo y a veces una novia de papi que no se atreve a mirar por las ventanitas del submarino, por donde se ven las criaturas marinas más monstruosas que viven en el fondo de la piscina y que yo contemplo valientemente para que papi me vea, para que papi sepa que yo no le tengo miedo a nada.

En cada casa papi me ha preparado una habitación con su cama, su tocador, su mesita de noche y su lamparita a juego, todo en mimbre pintado de blanco y una colcha reversible que de un lado es de Rainbow Brite y del otro es de los Gremilins. Papi tiene tantos gremilins y rainbow brites para mí que ya ni me gustan. Un closet lleno de rainbow brites y gremilins. Papi también me ha comprado botas y crayolas y alphabet stickers, pre tested water colors, flexi foam sheets, pelucas de la Barbie, sweat shirts, halloween decorations, wide angle compact binoculars, rechargeable power spotlights, a junior utility table, jerseys, gloves, leather gloves para el invierno, para cuando vaya a visitarlo, para cuando papi vuelva y me lleve con él.

Cause now he's got boneless skinless chicken breasts, whole boneless beef, mi nenes, nintendos, plantilla e media, escuelas de taekwon do, semillas de cajuil, semáforos, hotel style turkey breast, boneless beef shoulder roast, center cut bone in smoked ham steak, tarántulas domesticadas en peceras, ledbetter boneless beef bacon wrapped tenderloin filets, lámparas japonesas de papel de pergamino tibetano, all purpose white potatoes, mujeres, all purpose yellow onions, mujeres, campbells tomato, chicken noodle, mujeres, green beans-onion-alphabet soup.

Yo lo que tengo es un dolol de rodillas porque estoy creciendo muy rápido, por eso es que papi me manda tantas bicicletas, para que me las guíe. Y me manda una bicicleta cada mes cada vez más grande, una para cada pierna, pero yo lo que necesito es una con rueditas porque tengo miedo a caerme, pero esto no se lo decimos a papi que sigue mandándonos, rojas, amarillas y verdes, para que se las coma el óxido, y esta vez manda una azul cobalto con siete velocidades, pero se la come el óxido, se la venden a otra niña, se la regalan a un primo, se la come el óxido, se la regalan a los niños pobres, la venden, una con protectores de ET o de la Barbie.

Mami y yo escribimos una carta, mami me la dicta y yo la escribo con mi letra que cada vez me sale más bonita, dice mami. Y en la carta mami y yo le pedimos a papi una televisión a colores, le pedimos que no mande más bicicletas, que lo que queremos, que lo que yo quiero, que lo que yo necesito es una televisión a colores porque a las bicis se las está comiendo el salitre.

Y papi manda a decir que él no va a poner a los novios de mami a ver colores y entonces mami y yo redactamos otra carta en la que yo le explico a papi que la que quiere la televisión a colores soy yo, que mami no tiene nada que ver, que mami no tiene novios, que mami sólo vive para mí y que por favor, que la televisión sea marca Zenith, que son mejores, y la letra me está mejorando mucho, dice mami.

Y papi manda a decir que él no va mandarle televisores a los vagos que mami mantiene. Entonces llamamos por teléfono y yo le digo a papi que yo quiero ver a Bugs Bunny en colores y él llora del otro lado y yo lo sé porque papi tiene un jipío cuando llora y cuando cuelgo suena el timbre y abro la puerta y es Corporán de los Santos el campeón de la televisión dominicana, con su afro, con

sus siete corporettes botando confetti y serpentin-
nas por la nariz que viene a hacerme entrega del
televisor que me manda papi, en una cajota muy
grande con la que me hago una casita, mientras mami
y su novio miran la telenovela de las siete y media.

A mí la tele me gusta mucho y me gusta jugar un
juego que me he inventado yo y que consiste en
señalar las cosas que salen en la tele y decir mío,
porque el primero que diga mío es el dueño de la
cosa que sale. Y yo, como casi siempre estoy sola,
me quedo con todo, segura de que papi adonde
esté ya me lo ha comprado. Un día papi va a volver
y todo va a ser como antes, mejor que antes, vamos
a salir de compras al atardecer y vamos a llegar a la
tienda justo antes de que cierren, y como tenemos
mucha prisa porque las dependientas quieren irse,
papi va a decirme señala lo que te gusta y yo lo
hago con un dedo y papi le dice a la novia con la
que andamos que me coja uno de cada color, uno
de cada color, y así vamos llenando carritos con
medias de todos los colores, largas y bajitas, de
todos los colores, un par de cada modelo, con
bolitas de lana en el tobillo. Luego papi me deja en
casa de mami que mira desde el balcón cómo baja-
mos la compra del baúl del carro, y cuando cae la
noche yo me pongo todas las medias nuevas, una

encima de la otra, y hago un corral con los zapatos
nuevos sobre la cama y allí en el centro me acuesto
y cierro los ojos y trato de dormir respirando ese
olor a nuevo y temblando con temor a morirme sin
poder estrenármelo todo.

Y es que papi tiene tanta música que una siempre
tiene miedo a que él quite la canción antes de que
se acabe. Él tiene un tocadiscos y una cassettera en
cada habitación y en cada una hay un disco o un
cassette ready to play. Papi, sobre todo cuando vie-
ne gente, se la pasa corriendo de un aparato de
música a otro para oprimir stop o para oprimir play
o rewind o fast forward. O pause. Papi tiene un
mueble, tiene varios, en los que están colocados sus
discos, es más, las paredes están todas cubiertas de
estos estantes en los que los discos de papi van co-
giendo polvo y la sirvienta, realmente varias de ellas,
se encargan de irlos desempolvando con un desem-
polvador de terciopelo azul violeta.

Hay una habitación para los merengues, y los es-
tantes llegan al techo. Hay otras habitaciones para
la música americana y hay una habitación pequeñi-
ta para la música clásica o música de muertos, como
dice papi, que realmente es el baño.

Los sábados en la mañana, papi se levanta temprano y me prepara un desayuno él mismo y entonces corre de la licuadora al tocadiscos y de la estufa a la tostadora y de ahí de nuevo a la cassettera. Yo me levanto y me pregunto qué bulla es ésta. Y luego camino despacito hasta la sala y veo a papi bailando, moviendo el fundillito con un delantal rojo que en letras blancas dice Chulo #1, en una mano un LP de Cuco Valoy y en la otra una bandeja de waffles o mangué con queso frito.

A papi Cuco Valoy le gusta mucho, a mí no tanto, sobre todo cuando Cuco saca su campanita y dice: y ahora vamos a hacer brujería! A mí me gusta más Johnny Ventura y su Combo Show, todos con pantalones muy apretados, que según mi tía Leysi se meten medias en los pantaloncillos para que se les vea más grande y bailan al mismo tiempo, con camisas del mismo color con los botones abiertos hasta el ombligo y los pelos y la cadena de oro afuera. Igual que Wilfrido Vargas, y yo creo que con las cadenas se mandan señales, como cuando uno se manda reflejitos con un espejo de una azotea a otra. Wilfrido toca la trompeta, que también manda reflejos, igual que las trompetas y trombones y saxofones del conjunto Quisqueya y Ferandito Villalona, sólo que cuando los metales de Fernan-

dito comienzan a mandar señales reflejando los fotos del canal nueve, a Ferandito le caen arriba todas las sirvienticas para lamberlo, igual a Bonny Cepeda y Los Kenton, sólo que los Kenton usan kimonos de karate y bailan haciendo katas y se sacan las sirvienticas de encima a patadas. Pero aunque Wilfrido tira patadas que tumban el pedestal del micrófono, y aunque Cuco hace brujerías y aunque a Bonny los reflejos brillosos le salen de la misma moña llena de esprey escarchado, ninguno tira los pasos que papi tira cuando es sábado y estamos solos y ensayamos frente al espejo de su habitación, que cubre toda la pared, y él me enseña unos tres, un dos tres, cuatro y me viste con sus trajes y nos peinamos con gelatina y usamos cepillos como micrófonos y papi entonces suelta el micrófono y corre hacia el tocadiscos o hacia el teléfono y vuelve tan rápido que antes de que el micrófono caiga al suelo papi ya está de vuelta empuñándolo para enseñarme otra canción.

Pero más que los discos a mí lo que me gusta son las carátulas. Las fotos y los dibujos de los cantantes haciendo poses en un trono de mimbre o sosteniendo un micrófono como un muslo de pollo. Fotos en blanco y negro y en colores para que una sepa quién es que canta y quién es que toca qué.

Algunos traen hasta la letra de los merengues para los que no pueden aprenderse de oído. Fernandito *el Mayimbe* sentado en una roca con un sombrero de vaquero, a Cuco Valoy un policía le cae a macanazos, a Fausto Rey un gatico le trepa por el hombro y los Vecinos tienen botines blancos y peinados que combinan. Los Kenton se están separando, culmina papi mientras mira una carátula en la que se unían a Bonny Cepeda para un concierto con trajes de karatecas y con afros que cada año iban disminuyendo en tamaño.

Un día, en el *Show del Mediodía*, después de que a Pololo lo sacaran con un infarto del set, apareció el señor de las noticias y levantando su cara de un pedazo de papel dijo: interrumpimos la programación regular para informarles de que Fernandito Villalona, alias *el Mayimbe*, acaba de ser detenido por posesión de Oregano y Cilantro. El afamado intérprete de *La Jamaquita* y *Tabaco y ron* fue interceptado en las cercanías de La 42 por una patrulla que encontró en la guantera del cantante Oregano y Cilantro según indicó el examen químico que se lleva a cabo en estos casos, Fernandito que en principio admitió que la libra de yerbas aromáticas hallada en su vehículo era de su propiedad ahora adjudica la compra y uso de las mismas a su

tía Bolivia, que preparaba un sancocho en honor a su hermana, la madre del artista.

Voces que venían corriendo calle abajo, afuera de la tele, vocaban: lo agarraron con yerba, lo agarraron con yerba. Y volviendo al estudio A de Color Visión, canal 9, Doña Zaida Lovatón, directora de la Comisión de Espectáculos Públicos, con unas canas igualitas a las de Cruela de Vil, comentaba los hechos en vivo, meciéndose en una mecedora desde la comodidad de su hogar: yo lo dije y lo vuelvo a decir, hay que cortar este veneno por la raíz...

Luego una cambiaba al canal siete y Julie Carlo (con una permanente de poodle rubia), ex estrella del *Show del Mediodía* y ahora contratada por el *Sabros Show*, se tapaba un oído con dos dedos porque atrás el morenaje voceaba y la empujaba con carátulas de discos del Mayimbe en las manos, y antes de que una doña dándose trompadas en el pecho le arrancara el micrófono, Julie pudo informarnos: Fernandito Villalona acaba de ser puesto en libertad, la fiscalía de la República ha levantado los cargos que se le imputaban, repetimos, el Mayimbe ha sido puesto en libertad. Y el pueblo, que se había tirado a la calle indignado porque trancaron a su

niño mimado, saltaba y gritaba y el Mayimbe salió con las esposas puestas todavía, junto al síndico José Francisco Peña Gómez, que enseñándole la llave plateada al público en su negrísima mano y pelando esos dientes reflectores del solazo tropical soltó al Mayimbe para siempre levantándole como a un boxeador y Peña daba saltitos que jamaqueaban a ambos y Fernandito entonces se echó para atrás cogiendo impulso y se lanzó desde el tope de las escaleras hacia la multitud que lo esperaba y lo vimos flotar en aquel marmágnum negro, rojo, azul y blanco y a veces lo único que se le veía eran sus tenis Adidas y su camisita de ramos y su gorrita y su anillo de oro nadando sobre pelo crespo hasta el estudio B de Rahintel, canal siete, adonde el recién inaugurado *Sabrosohow* lo esperaba, adonde Wilfrido, Johnny, Bonny Cepeda, Rasputín, Cuco, Dionis Fernandez, Belkis Concepción, Aramis Camilo, La Santini, Feli Cumbé y Julie Carlo lo esperaban, adonde todas las orquestas y todas las cámaras del canal siete lo esperaban con un contrato que lo liberaba de sus responsabilidades para con cualquier otro programa de variedades.

Y Fernandito Villalona alias *el Mayimbe*, a quien la gente acababa de depositar en el piso, firmó y abrazó a Julie Y, acercando sus succulentos labios

de mulatico blanco al micrófono, se le salieron las lágrimas y a mí se me salieron las lágrimas y a todos se nos salieron las lágrimas, y dijo: ecúsenme que venga así, con tenis a cantar, pero es que salí de la cárcel pa cá y no me dieron tiempo a cambiarme.

Y todas las orquestas juntas comenzaron a tocar (piensen en la cantidad de trompetas, trombones y saxofones) el principio de *Baila en la Calle* y Fernandito, antes de empezar a cantar, voceando para encaramársele encima a la música, dijo: esta canción se la dedico a su autor, el maestro, Luis Terror Días.

Papi también tiene música americana, y esos discos a veces soy yo misma quien los pone, y cuando yo estoy tirando el paso más complicado suena el teléfono y papi me grita desde otra habitación bajala bajala bajala y yo bajo el volumen. Y luego papi cueлга y me ordena súbela súbela y yo lo que hago es que bailo con la mano pegada al control del volumen para bajarlo y subirlo cuando él me diga.

A papi le encanta Billie Ocean.

Y un sábado cuando me levanto oigo la entrada de *Caribbean Queen* de Billie Ocean y papi no está

preparando mi desayuno, sino que está metiendo un montón de camaroncitos muertos en agua hirviendo, y langostas. Miles. Y cuando me asomo a la puerta de la cocina y veo las ollas de acero inoxidable rebosadas papi me dice: pa que pruebe comida de gente inteligente. Papi también prepara salsas de todos los colores, arroz blanco y llama al colmado para que le traigan dos fundas de hielo porque hoy viene su familia. Yo me pongo muy contenta que vienen mi tía Leysi y mi tía China y mi abuelita Cilí y mi primo Puchy y mi prima Milly que son hijos de otra hermana de papi que se murió cuando los parió porque son mellizos y nacieron, cada uno, de 14 libras.

A los mellizos los crió mi abuela Cilí y mi tía Leysi y mi tía China que ninguna de las dos se ha casado y viven todos juntos en un apartamento frente a la Lotería Nacional. El apartamento está en un tercer piso y Cilí se lo compró a Balaguer en el gobierno de los doce años cuando ella vendió su tierra en el campo y se vino con sus hijos y sus nietos, los mellizos, para la capital. Papi se metió en la Marina para comer carne de tiburón, tía China se inscribió en la Universidad Autónoma para juntarse con papi y tirar piedras y tía Leysi se quedó criando a Milly y a Puchy, aunque tía Leysi es de la misma

edad que Milly y Puchy, así que cuando Cilí se iba a visitar a sus comadres en el campo y dejaba a Leysi a cargo, ella se encargaba muy bien de plancharle los pantalones campanas y de combinarle las camisas de polyester naranja y los bajimamas de brillo a sus sobrinos y cogían los tres para el matinée de disco y salsa, a veces hasta ganaban concursos, dinero, prendas de fantasía, taquillas para ir a ver *Grease*. Milly y Puchy se ganaron cincuenta pesos un día y con el dinero se compraron un corte de tela blanca para hacerse cada uno un traje igualito al de John Travolta en *Saturday Night Fever*. Casi siempre se le pegaban a alguien que los llevaba a la casa en un Cadillac a las cinco de la mañana del día siguiente. A esa hora China volvía de poner afiches del Che Guevara en Ciudad Nueva, que la policía arrancaba antes de que saliera el sol, y se sentaban los cuatro en el Chimichurri de Junior en la esquina de la Lotería adonde los cueros y los travestis de la Feria les brindaban medio chimi y un Seven Up a cada uno. Y pensaban en papi (y cuando pensaban en él lo veían con su uniforme de la marina saludando militarmente), y si papi estaba en el mar o en tierra y si ya le habían asignado un rifle de verdad.

Y los camaroncitos están listos cuando la familia de papi toca la puerta. Y papi se desvive por acomodar

dartos en la sala y por enseñarles sus aparatos nuevos y por llevarse a cada uno aparte para meterles un fajito de billetes nuevos en el bolsillo de la camisa. Papi me dice: ve, enséñales tus juguetes nuevos a Puchy y a Milly, y yo los llevo detrás de mí, pero en el pasillo ellos se desvían hacia los closets de papi y comienzan a probarse todo, hasta los perfumes, y yo me pongo colorada y les digo que dejen eso, que eso es de papi, y ellos me dicen que papi les ha dicho que cojan lo que quieran, que se lo lleven todo, y yo espumeo por la boca, pataleo y ellos como si nada metiendo chaquetas, pantalones, zapatos, camisas, corbatas y sombreros en una maleta que también les ha regalado papi.

A mí me da un pique.

Pero lo que más pique me da es que los mellizos ya tienen 16 años y papi puede llevarse los con él a las discotecas de sus amigos, y cuando tienen planes se comienzan a cambiar muy temprano, desde que se levantan, colocando combinaciones de ropa y accesorios encima de la cama, poniéndose y quitándose y mirándose al espejo y sugiriéndose cosas. A veces hasta se cortan el cabello como los típos de Tears for Fears en el video de shout shout, shout it out loud, se ponen frente a la tele con la

tijera en la mano a esperar que pongan el vídeo. Y Milly se pone la camisa negra de lunares y se pone mucho mousse y Puchy se tiñe un mechón de pelo y se ajusta la correa con punta de metal y papi le sacude las pelusas a ambos y tía Leysi, que también va, porque van todos menos yo, se saca los rollos y se echa spray y a mí, que hago pucheritos desde que me entero, me dicen: cuando seas grande, cuando seas grande. Y me dejan con Cili, que me hace acostarme en su cama con los pies hacia donde ella tiene la cabeza para que quepamos los dos y como yo doy patadas mientras duermo ella me amarra los talones del espaldar y yo pienso que, coño, si papi tiene tanto dinero, ya Cili debería llevar otro estilo de vida, una casa con más camas y más televisores. Y cuando Cili apaga la luz y comienza a murmurar el salmo 23 salpicando de chispas de saliva la oscuridad yo me imagino a papi, a tía Leysi y a los mellizos bailando con su ropa tan chula y sus pulseras y peinados.

Y la fiesta es con Fernandito Villalona. Y eso me da más pique todavía.

Al día siguiente para que yo lo perdone por no llevarme a la discoteca papi me deja sentarme en sus piernas mientras maneja su carro y yo voy aga-

Me duermo con el traje de baño puesto porque papi me ha dicho que me va a llevar a la playa, con la escafandra puesta, con las chapaletas y los salvavidas inflables para los bracitos puestos. El traje de baño me lo compró papi y son unas tanguitas azul turquesa que cuando mami las vio le dieron grima y papi lo único que dijo fue: no decían que yo era un loco, vamo a ve qué van a decir ahora. Me lo pongo todo juyendo, porque papi va a venir a buscar me en cualquier momento, eso me ha dicho por teléfono. Yo me levanto tempranísimo, cuando todavía no ha salido ni el sol y meto una toalla en un bulto. Cuando estoy lista me siento en una mecedora en miniatura que me han hecho a mi medida y que, por supuesto, me ha comprado mi papá. Allí estoy meciéndome, meciéndome, meciéndome, hasta que suena el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Y me traen el desayuno en una bandejita, pan con queso crema y leche. Pero no me pasa nada por la garganta. Y me sigo meciendo con la bandejita en las piernas. Y como a las diez me traen un jarro de helado de champola para que me refresque, pero no me pasa nada por la garganta y me sigo meciendo con la bandejita y el jarro de champola. Como al mediodía vinieron con arroz con coco en un platíco y no me lo pude tragar y seguí meciéndome con la bandejita, la champola y el platíco. Y yo me sigo meciendo frente al televisor apagado y volteo la escafandra para mirar la calle y veo que el sol está muy fuerte y que parece que la acera fuera a derretirse y que los árboles fueran a derretirse y que el platíco, el jarro y la bandejita fueran a derretirse encima. Mami duerme la siesta, desde aquí se oyen sus ronquidos como silbidos de serpiente y yo sigo meciéndome y meciéndome hasta que suene el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Cuando mami se levanta me trae un arroz con leche en un pozuelo y me lo deja entre los pies, a las

cinco de la tarde mami entra con una torre de suspiro blanco con flores de azúcar plateada y me la pone en la cabeza, que viene y va con la mecedera con el pan, la leche, la champola, el arroz con leche, el coco, y conmigo que ya no me mezo tanto. A las siete mami empieza a abrirme la boca con un gato hidráulico y ella y un haitiano de la construcción de enfrente que mami ha traído para que la ayude, me introducen un tubo transparente por donde me alimentan a base de natillas de leche y puré de calabacitas blancas.

A todo esto estoy creciendo muy rápido y oigo a los vecinos comentar que a mami se le debe de ir un dinerito en mis zapatos. Con la crecedera el traje de baño me aprieta tanto que la piel se ha amoratado, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapas. Primero vienen las llagas, luego las pústulas. El traje de baño se confunde con mis heridas, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapas. El arroz con leche, la champola y todo lo demás comienza a descomponerse, mimes y hormigas hacen palacios en las calabacitas. Traen a un sacerdote para que me haga entrar en razón. Ciertas penitencias se convierten en lujo, me dice el cura metiendo un dedo en la champola hedionda y llevándose a la boca.

Ya no me mezo. El olor a licra y a sangre es maravilloso. A veces me encienden el televisor para que me entretenga, para que se me olvide y yo cierto los ojos, que los tengo muy secos y en los que tienen que ponerme algodoncitos con hielo.

No te desesperes, es lo único que mami puede decirme. Y yo imagino (ya estoy completamente ciega) cómo mis juguetes se me están poniendo viejos. Cómo la hiedra y el musgo trepan por las paredes de mi fuerte Playmobil. Y sigo esperando.

Y un día, allá adentro en mis oídos, una musiquita comienza a escucharse, primero yo pensaba que eran grillos y chicharras, los animalitos que se alojaban en mis llagas, o que los renacuajos albinos, guramis y tilapias que viven en la champola derretida me estaban cantando, era el teléfono. Era papi, que estaba al doblar la esquina.

Y al otro día llamó una novia de papi, que papi estaba enfermo.
Y al otro día llamó un amigo de papi, que a papi lo habían metido preso.
Y al otro día llamó una tía de papi, que a papi lo habían encontrado muerto.

Y al otro día llamó una hermana de papi, que papi no estaba muerto na.

Y al otro día sonó el teléfono y era una operadora que decía que papi estaba del otro lado y que era una llamada de larga distancia.

Y yo no quise, no pude, levantarme. Y mami habló con él y le dijo que todo estaba muy bien, que estábamos todos muy bien, que a mí me iba muy bien en la escuela, que estaba igualita a él.

Y esa noche vino una señora y entró por la ventana cuando todos estaban durmiendo y me dijo que tenía mucha hambre y se fue comiendo uno por uno los postres, las leches abombadas, el arroz con leche que parecía flema, el suspiro marchito, las flores de azúcar oxidadas, los algodones con hielo, hasta los renacuajos, los guramis y las tilapias se las comió y luego lamió los platos, los vasos y los pozuelos hasta que quedaron relucientes y todavía iba lamiéndolos camino a la cocina y allí volvió a fregarlos y a refregarlos cantando una canción y yo misma me saqué el tubito con el que me alimentaban para levantarme y avancé cojeando hasta el control remoto, cuando ya amanecía, para descubrir que había pasado tanto tiempo que ahora en la tele hablaban en inglés. Así que ahora por

la noche en vez del padre nuestro one little two little three little indians, four little five little six little indians, seven little eight, little nine little indians, ten little indian boys and girls. Luego con la cabeza debajo de la almohada trato de imaginarme en qué parte de «al doblar la esquina» está papi y cómo es esta esquina y cómo hay que hacer para doblarla.

Debe de ser con un carro muy grande. O con muchos carros poniendo un carro delante del otro.

Y papi llama y me dice: con quién quieres vivir, con tu papá o con tu mamá? Y yo le digo:

car
bicycle
plane
wheel
boat
boot
blue
candy
book
walkie talkie
run
ball
basketball

Y luego empezaron a llegar las tarjetas que decían merry christmas, happy birthday, happy new year, good luck, happy easter, happy birthday, it's a boy!, it's a girl!, it's a down syndrom martian!, and so on. Tarjetas con relojes, santa closes, duendes, corazones, elefantes, tréboles de cuatro hojas, dinosaurios, trompetas, chimeneas, nieve y a veces mu-chachitas, angelitas a las que alguien les escribe a un lado con bolígrafo azul: it's you! Tarjetas firmadas por papi y una de sus novias y uno de mis nuevos hermanitos.

Cuando no son tarjetas son muñecas. De trapo de plástico de cerámica china. Pierrots, bailarinas, barbies, muñecas que beben y cagan, muñecas que mudan los dientes, siete muñequitas negras con afros, muñecas con los ojos azules que lloran cuando se les hala el pelo y también recién nacidas calvas.

Y cuando no son muñecas son niñeras, campesinitas de mi tamaño con un pelero en las piernas, con un pelero en los sobacos, que no usan brasieles, que no usan panties, con un bajito a naranja agria y a jabón de cuaba, a las que mami les regala sus perfumes, gilette, a las que mami les regala sus perfumes, brasieles, pantihoses, pintalabios viejos y ellas se lo ponen todo junto los domingos cuando mami las deja

sentarse en un murito allá afuera para que hablen con los guachimanes y las otras niñeras del mundo. Algunas son buenas y me cuentan cuentos de mujeres ahogadas y cabezas de repollo rodando que no eran de repollo sino de gente, algunas me dejan ver las telenovelas con ellas tapándome los ojos cuando en la telenovela van a besarse, pero yo lo veo todo porque ellas me dejan un chin de espacio entre sus dedos para que no me lo pierda. Algunas me enseñan las tetas y si son muy muy buenas hasta más. Algunas me bañan con agua muy fría, dizque que para que me ponga fuerte y esperan a que yo tenga todos mis playmobils en el suelo, en sus puestos de combate, sobre caballitos y tractores, para pasar con un sape mojado con Mistolín arrasando con todo. Casi siempre, al final, mami las bota. Por ladronas, asquerosas, vagas, sinvergüenzas, entrometidas, prietas, por jabás, por banilejas, por haber dicho que eran de San Cristóbal siendo de Elías Piña, por jeditondas, por bajo a boca, singasereno, por fumar cigarrillos mentolados que son de cueros y no de muchachas decentes, por tener las téticas paradas cuando viene gente, por responderlas, por usar demasiado cloro, demasiado orégano, por hijas de la gran puta, por tener las agallas así, por tener los cojones así, por usar las gillettes, los perfumes, los pintalabios, los pantihoses nuevos de mami.

Adónde se ha visto. Coño.

Y cuando no son niñeras son las novias mismas. Los vellos filosos de sus piernas recién afeitadas como un cactus contra mi cara. Porque me han hecho esconderme adentro de sus pantihoses. Para que mami no me vea, para que las otras novias de papi no me vean. Se disfrazan de mujeres policía, de compañeras de la universidad de mami, de saloneras, de muchachitas que van al colmado con shores y bajimamas, una hasta se disfrazó de profesora de kinder para secuestrarme y salió juyendo conmigo con mi lonchera y mi mochilita gritando MA ME MI MUMU, PA PE PI PO PU, SA SE SI SO SU sólo para que otra, disfrazada de mami, le saliera al paso gritando TA TE TI TO TU, RA RE RI RO RU y me arrebatara de sus brazos de un tirón (la lonchera del chavo se abre en el aire y en el aire se desparrama la merienda; el termo con su leche, los palitos de queso y el huevo duro). Las profesoras, las amigas de las profesoras y los padres de familia que vienen a buscar a sus hijos se quedan MUDOS.

Ya me secuestran hasta en mi propia casa, frente a los ojos de mami que no se da cuenta de nada, me salen en la tele, me hablan en la radio con sus voces

de pantihose, con sus boquitas de pantihose, con sus trajes hechos de pantihose, pantihoseándome en la cara. Me llevan a sus apartamentos, a sus apartahoteles (que papi paga por adelantado) y me bañan en sus bañeras que llenan de espuma con olor a fresa y hacen que una sirvienta, una de ellas (que papi paga por adelantado), me traiga yuquitas fritas con cachú extra en una bandeja y malteada de vainilla a la bañera. Y me dejan pintarme las uñas, me dejan brincar en la cama, me dejan desvenjarles la cama, me compran una cama nueva todos los días para que yo la desvenjije (luego le dicen a papi que es él quien las rompe para que las pague por adelantado). Cuando estoy estreñida me untan vaselina y me sacan los mojonos con las uñas rojas y largas que tienen todas las novias de mi papá.

Cuando no son las novias es ella, la cubana, a la que papi manda con un documento firmado por él que dice que ella sí, que mami debe hacerme una maleta y entregarme, que voy por fin a reunirme con mi padre y mami no se fía (con tanta disfrazadera) y hace que el Doctor Lerux (el Doctor Lerux es muy viejo) inspeccione el documento, pero mami no se fía (con tanta secuestradera) y hace que el Doctor Bisonó inspeccione al Doctor Lerux antes de que éste inspeccione el documento, pero

mami no se fía (cómo está este mundo) y hace que el Doctor Jiminián inspeccione al Doctor Bisonó y a todo su árbol genealógico antes de que éste inspeccione al Doctor Lerux y así hasta el infinito. Antes de que yo pudiera coger el avión hacia Papi, una turba de doctores se metían espécúlos unos a otros en la sala de la casa mientras yo decidía con la cubana si debía llevarme el peluchito de la abejita Maya o no.

Al fin nos vamos. Yo estoy muy contenta y mami se seca una lagrimita antes de dejarme salir a la pista con mi vestido de lino amarillo y el sol es espléndido y carritos de Playmobil cargando maletas juegan a izquierda y derecha y cuando alcanzo el último escalón para subir al avión me volteo y digo adiós, aunque no hay nadie en la pista, sólo rayas amarillas y blancas, pero yo sé que mami está también moviendo su mano para decirme adiós en alguna parte, rodeada por un corrillo de doctores (todos muy viejos y con ganas de seguir examinándose) que le palmean el hombro a mami y le dicen que esto va a ser muy provechoso para ambas.

Ahora que estoy más tranquila y que el avión ha despegado y que la cubana me ha explicado por qué tengo que ponerme el cinturón, me doy cuenta

ta de que es la mujer más linda que yo haya visto en mi vida. Y oigo una voz que dice: la mujer más linda que he visto en mi vida. Luego ella me dice que yo soy muy linda y le vomito encima. Inmediatamente vino una azafata a limpiar el reguero, cuando se iba con los trapos sucios me entregó una fundita por si la cubana me decía que yo era linda otra vez. Y luego la azafata me guiñó un ojo, que es lo que me hacen las novias de papi cuando están disfrazadas para que yo las reconozca.

La cubana, que tiene manos muy suavecitas y con uñas cortas y pintadas con un leve brillo como el que usa papi, me rodea con su brazo y la seda de su blusa es ahora la tela más deliciosa que me ha tocado en mi vida y yo recuento mi cabecita en su pecho y ella me hace caricias en el pelo y yo entonces siento que estamos volando y entiendo de repente que hay miles y miles de pies entre mi mecedorita, mis juegos, mi mamá y yo, y cerrando los párpados pesados alguien me pinta una sonrisa en la cara con un pincel.

Me zarandean, me zarandean y es la cubana que me zarandea y me despierto y ella está vestida de camuflaje y tiene una gorra verde en la cabeza y un puro en la boca y una barba de mentira y yo me

pregunto de qué estará disfrazada ahora. La cubana tiene a la azafata amenazada contra la puerta del baño dándole piquetitos con un cuchillito de plástico azul celeste y luego se abre paso ayudándose con un corrañás hacia la cabina, los pasajeros como laboran, todos han leído en revistas turísticas cómo los terroristas cubanos hacen que los aviones aterricen en Cuba con la única intención de recoger disidentes, así que colaboramos, todos muy calladitos, y cuando el avión aterriza en La Habana me acerco a la ventanilla y veo cómo la cubana, arreglándose la barba que se le destempla, baja colegialas con uniformes de pioneras de un camión y las ayuda a acomodarse en el compartimiento del equipaje, todas muy bellas, todas para papi, que (nunca mejor dicho) se las trae.

Cuando vuelvo a despertarme estoy en una habitación que no conozco. Me levanto y mis pies se sorprenden de la alfombra. Salgo a un pasillo y el aire huele a nuevo, a cosas recién sacadas de la caja, a Barbies. Me animo, me limpio los ojos con los nudillos y busco otra puerta para abrirla.

Quizás esto sea Nueva York o Miami.

Quizás esto sea la casa de papi.

Abrí una puerta y sobre la cama con sábanas negras lo único que se veía era un hombro sobre el que caían mechás de pelo castaño y yo quería tocar este hombro y que con mi caricia la dueña de este hombro que dormía desnuda boca abajo junto a mi padre se diera la vuelta y que sin despertarse demasiado me besara en la boca. Y yo nunca había deseado algo tanto en mi vida.

Aquel hombro cubierto con aquel pelo que olía a fresa me necesitaba, me estaba llamando, yo lo miraba desde la puerta y luego desde el borde de la cama de mi papá, y muy pronto yo estaba tan cerca que casi tocaba con mi nariz las hebras del cabello y el hombro. Ya sentía el vómito loco por reventarme la garganta, por eso salí del cuarto y las náuseas se me fueron calmando y ya en la sala encendí el televisor que papi había comprado un día antes, era enorme. Me mantuve de pie junto al aparato presionando con el dedo (y tenía la uñita sucia) el botón que decía CHANNEL sin mirar hacia la pantalla y cuando me detuve ahí estaba el programa de Jimmy Swager que yo veía con mi mamá en Santo Domingo, en el que la gente tira las mulas para arriba y dice aleluya. A mí me gusta cómo la gente dice aleluya y ahora que no había intérpre-

te y Jimmy hablaba completamente en inglés, lo único que se entendía eran los aleluyas. Y yo pensé que si entendía los aleluyas era porque yo ya sabía inglés. Y pensé: aleluya. Y dije: aleluya. Y sentí los brazos de María Cristina (aleluya), la novia cubana de papi (aleluya), rodéandome. Y su boca muy cerca de mi oído preguntándome: qué haces, loquita?

Y yo que en aquel entonces era bien chiquitita, me volví más pequeñita todavía para que María Cristina pudiera levantarme del suelo y me diera un beso en el cuello, en la mejilla, en los ojos, en la barrigueta, levantándome el pijama del hombre araña.

Y yo me dejaba. Yo me dejaba.

Y luego María Cristina y yo ponemos MTV y ella, que sabe un poco más de inglés que yo, me va enseñando las letras de las canciones que me gustan y a mí me gusta mucho una que dice let's hear it for the boys, ah, let's give the boys a hand eh! yeh eeh! yeah. Música americana. Música americana. Y María Cristina y yo bailamos y bailamos y bailamos, y ya no hay quien nos quite MTV y no hay quien nos quite MTV. Y cuando vamos a salir María Cristina y yo nos duchamos juntas y nos peinamos juntas y ella me enseña a combinar los colores de mi ropa,

de toda la ropa que papi nos ha comprado. Y me dice que tengo que aprender todo esto para que no me digan guajira como le decían a ella cuando acababa de llegar. Ella llegó en un barco lleno de gente. Y yo la imagino de mi tamaño con un vestido de estopilla blanca mirando el mar. María Cristina. Y esto me lo cuenta todas las noches para dormir, entra en la habitación que ella y papi me han preparado, con dos camitas por si se queda a dormir una amiguita, con una mesita amarilla entre las dos camas y una lámpara que esparce una luz anaranjada sobre las almohadas y las sábanas, me cubre con la manta y se acuesta a mi lado sobre su costado, poniendo una pierna sobre mí y yo siento el peso de su pierna y el olor a fresa de su pelo y el grosor de sus cejas y con un dedo en la oscuridad recorro una de ellas.

María Cristina me deja crackear huevos para un bizcocho, lo hago mal, me deja intentar otra vez. Tres veces. María Cristina me deja ponerme sus lentes de sol y meterme diez pastillas de chicle al mismo tiempo. Vamos al súper y yo me subo en la parte delantera del carrito porque ya estoy muy grande para la parrilla y María Cristina empuja duro y sube los pies para que las dos rodemos por el pasillo y le sacamos la lengua a las viejitas en shorts

y andador frente a la avena Quaker y le sacamos la lengua al boricua agachado que le pone precios a las sardinas. Y nos quedamos viendo a otra vieja que le habla a las latas de leche en polvo ninety nine cents for christ sake. Y María Cristina me agarra la mano para cruzar la calle y ya no se la suelto, y en mi mente las palabras nuevas que me ha enseñado también le agarran la mano.

Y a contar hasta twenty.

Todo esto cuando es sábado o domingo, porque el resto de la semana viene la babysitter a sacarme piojos. Que no es cubana sino venezolana, pero que también es novia de papi. Papi le dijo que yo tenía muchos piojos, que estaba cundía y que había que sacármelos todos. Los piojos los traje en la cabeza, me los pegaron en la escuela y cuando a todos los otros niños se les habían muerto hacía tiempo, conmigo todavía hacían fiesta. Y cómo gozaban las profesoras matándomelos. Y cómo me libraba yo de hacer tareas, de restar, de sumar, de escribir cien veces mi mamá me ama, por los benditos piojos con los que la profe se entretenía, un día hasta un libro trajo y comparaba los míos (gordos como habichuelitas) con los del libro, que retoñaban en mis cabellos y patinaban en mis mechones y en-

tonces mami decía que hubiera sido mejor que yo tuviera pelo malo, mami pedía que el pelo se me pusiera malo como el de los prietos para que los malditos piojos se enredaran en un afro y pereieran asfixiados. Yo los oía cantando y bailando a toda hora, borrachos con mi sangre tan dulce, y me rascaba con las dos manos y a veces le pedía a mis amiguitos que, por favor, me ayudaran a rascarme.

Y fue por esto que me cortaron el cabello como a un varón.

Y fue por eso que cuando jugáramos al papá y a la mamá mis amiguitas querían que yo fuera el papá.

Y fue por eso que me le subí encima a Natasha debajo de su cama.

(Y a Mónica y a Sunyi y a Renata y a Jessy y a Francky y a Zunilda y a Ivecita)

Y fue por eso que doña Victoria, la abuelita de Natasha, le dio un correazo.

(Y a Paola y a Lily y a Sandrita y a Gabi y a Julia y a Karina)

Y fue por eso que mami empezó a ponerme vestidos solamente.

(Y a Verónica y a Claudia y a Laurita)

Y fue por eso que cuando yo corría y me caía se me pelaban las piernas y las rodillas.

(Y a Katy y a Daniela y a Ana María)

Y fue por eso que se me hicieron dos costras en las rodillas.

(Y a Nicole y a Charo y a Carla Patricia)

Y fue por eso que mami comenzó a ponerme pantalones solamente.

(Y a Larissa y a Fenix y a Lisa y a Consuelo y a Aimée y a Melissa)

Y los piojos seguían chupándome la sangre.

La babysitter tiene esto bien claro. Me lava la cabeza con un producto que me ha comprado papi que pica más que los piojos y luego la babysitter me seca el pelo con el blower en high para que los

piojos se queden fritos. Cuando termina me prepara una lata de Chef Boyardee y las orejas calcinadas se me caen en el plato sobre los spagueti & meatballs.

Por la tarde vamos a la piscina del condominio, que está llena de niños de todos los tamaños y colores que se persiguen o se empujan o se suben en los hombros de los otros sosteniendo figuritas de Luke Skywalker o de Darth Vader en una mano. Y a mí me encanta sentarme en el borde antes de meterme y ver cómo llegan secos y se tiran de cabeza o recogiendo el cuerpo para hacer bombazos sacando agua, y algunos, que se atreven a usar el trampolín, ejecutan saltos mortales y caen con la panza o la espalda y luego suben la escalerita retorciéndose como lagartijaros por la picazón. Yo les grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y otro cae de cara y yo le grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y ellos me gritan cosas para atrás que yo no entiendo porque, aunque algunos son más chiquitos que yo, ya saben más inglés que el diablo.

De repente un rubito que hace rato que se tira del trampolín se jarta de oírme diciéndole SOBATE QUE NO HAY BENGUE y me saca el dedo del medio. Ya en mi país me han explicado en la escuela lo que

eso significa, Raúl y Julio César me dijeron que si yo les enseñaba los panties ellos me lo explicaban y nos fuimos detrás de una guagua a realizar el intercambio, pero yo apenas puedo recoger la mano en ese gesto y a veces se me quedan más dedos de la cuenta afuera así que no se lo digo con el dedo, se lo digo con la boca: TU MALDITA MADRE HIJO DE LA GRAN PUTA METETE UN DEO EN EL CULO. Y el rubito le hace señas a un chamaquito con traje de baño verde que le explica: she says you're a SOB. Y el rubito, sentado en el trampolín con los pies guindando, comienza a ponerse colorado, y las gotitas de agua y cloro que tiene en el cuerpo se le evaporan y las pecas se le ponen oscuras y las venas (ay las venas) gordas y más gordas igualitas a como se le ponen a una amiga de Manuel Moretta.

El rubito me está tirando rayos paralizantes, va a saltar desde el trampolín hasta mi cuello y va a ahogarme, junto a la cerca mi babysitter se arregla la tanga conversando con el salvavidas sin saber que me van a matar, que voy a terminar llena de agua y cloro (con lo mal que sabe). Pero de repente un brazo musculoso sale de la piscina (por debajo del trampolín, por debajo del rubio), un brazo con molteros (que se veían de lejos) que salió del agua

como los muertos del video de Michael Jackson sacaban brazos de sus tumbas. Y el brazo se agarra de una pierna del rubito y jala y jala y jala y lo arrastra hacia las profundidades azuloas en las que un letterito dice 18 ft.

Desde aquí arriba se ve una masa oscura debaténdose, y el sol macabro sacándole brillitos a la superficie del agua. Los demás muchachitos corren a sus casas y otros se quedan quietos como yo mirando hacia abajo. Junto a la cerca el salvavidas le arregla la tanga a mi babysitter.

El rubio asciende, saca la cabeza y vemos sus lágrimas, sus mocos que se confunden con el agua y el cloro. Gime fuertemente y sale de la piscina y ya está llegando a su casa abrazándose la barriga. Me da un poco de pena. El dueño del brazo se queda allá abajo, como una mancha marrón, como un sapo. La babysitter viene con una toalla y me hace caminar, y yo le pregunto, voltreando para la piscina todo el camino, que si se dio cuenta y ella me responde que sí chama, que al salvavidas se le saltó la baba por ella.

Esa noche vienen los cubanos a jugar monopolio con papi, los cubanos juegan con dinero de ver-

dad. Son tres, uno joven y dos viejos que fuman puros y escupen en la alfombra de papi. Tienen unos guillos y cadenas de oro más gordas que las de papi y cuando me acerco para llevarles unas picaderas que María Cristina les ha preparado el más viejo me dice que tengo una estrella. Yo me la busco en la ropa, como si fuera una mancha y él se ríe. Jua jua jua. Y se hace rotar el anillo más gordo en el dedo. Papi juega riéndose y haciendo muchos chistes y los cubanos se destormillan de la risa como si fueran a hacerse pipí. Luego yo voy y me siento en las piernas de papi y él tira los dados y cae en Paseo Tablado y compra y muy pronto una cadena de condominios y hoteles se levanta en el tablero, y cada edificio tiene el nombre de un familiar de papi, Leysi I, Leysi II y Leysi III como su hermana menor, Apartahotel Cifú como su mamá, y en uno de los hoteles China, como se llama su otra hermana, un restaurante que se llama Cristi's. A mi nombre le toca una calle y a papi una avenida y un aeropuerto.

Me siento optimista, le dice papi al cubano más viejo metiéndose una picadera en la boca y yo le pregunto a papi que qué significa optimista y él me dice, lamiéndose la salsa agri dulce de un dedo, que optimista significa ser un hijo de puta.

Una tarde María Cristina me pide que la acompañe al súper y yo corro tras ella para alcanzarla y al pasar junto a la piscina veo al sapo oscuro allá en el fondo. Cuando volvemos con las fundas del súper (yo la ayudo con la que tiene las bananas) la mancha está allá abajo todavía. Por la noche papi tiene un barbecue en la piscina y estamos preparándolo todo (yo ayudo a poner el mantel), se encienden las luces en el agua y la mancha sube despacio, como una sirena. La mancha se acerca a la escalera y el brazo sale y se agarra, el brazo musculoso de un niño con brazos muy fuertes, muy mojado, de pelo negro un poco demasiado largo y María Cristina lo saluda: hi, Kiki. Y Kiki se sostiene con ambas manos de la baranda de la escalerilla y da un salto y otro y otro con su única pierna hasta donde está María Cristina que le pasa una lata de Coca-Cola sonriéndole. Yo nací así, me dice Kiki, cuando los amigos de papi ya estaban llegando a la piscina con mujeres en bikini, jóvenes y viejas que sostienen sus latas de cervezas con el dedo meñique levantado como una antenita y que bailan merengue sin soltar la lata. Hasta yo bailo. Y Kiki también baila con sus muletas. La música está muy alta y la gente está muy contenta, bebiendo y recogiendo pedazos de carne del barbecue al que papi con su de-

lantal verde que en letras amarillas dice Master #1 le atiza los carbones. En la piscina algunos amigos de papi jugaban a tirar sus relojes Bulova hasta el fondo para ver quién llegaba primero a recogerlos.

Cuando todos mis piojos estén muertos van a llevarme a Disney, le digo a Kiki. Voy a conocer a Mickey y a Tribilín. ¿Hay gente adentro de los mickey mouses y los pato donalds? I don't know, i don't think so, me dice Kiki y luego me recomienda: when all your piojos are dead deberías ir a Epcot Center, el centro del universo. Y ya estamos dentro de la casa porque, y papi nos lo dice pegando los labios de la cerveza como besándola mientras nos apura a salir del área de la piscina: esto no es para niños. En la tele Charlie Brown participa en un spelling bee contest, a los que fallan las cabezas les explotan como globos haciendo pop, tauromachy, pop, pop, lugubritously, pop, outandish.

Pop.

Papi me despierta retirándome la sábana en un solo movimiento como esa gente que saca los manteles y deja la vajilla intacta. Me jala hasta la piscina adonde de la fiesta continúa, yo no entiendo nada, una

morena con bikini se le pega a papi de la cadera sobándole los pechos del pecho y María Cristina pone una cara y papi la jala para atrás y se la pega de la cadera que tiene libre y María Cristina pone una cara y papi le dice en el oído: vamos a gozar manita, arreglándole la tanga a la morena.

Y luego, apretándolas a las dos por la cintura, papi alza la voz y anuncia: ahora, mi hija va a cantar para todos ustedes algo que nos tiene preparado.

El público son ustedes y yo me tomo mi tiempo. El público son ustedes que en cuanto yo hago como que voy a abrir la boca se freezan como piedras, esperando que el tiempo pase por ustedes y yo soy el tiempo que va a pasarles por encima, como una canción, como un milagroso evento de luz que va a devolverles su tiempo, el de antes, el que vuelve a contarse en segundos y minutos y que irrumpe junto con los aplausos, como un río de gravilla y canicas, como un millón de maracas hechas de relojes.

Ustedes son así, bruticos, burlones, cínicos, barrigoncitos, buchúos, criticones, fanáticos, crueles, capaces de un amor que todo lo perdona y todo lo engrandece. Con mal gusto, sin él, con tantas cade-

nas y novias que ya ni se les ven, que ya son, ustedes, sus novias y sus indumentarias, una sola cosa, un mar oscuro frente a mí, que soy la única iluminada, la única que recibe esa luz blanca que sale de un punto redondo desde el fondo del espacio y que me señala y me persigue sobre el escenario. Y a veces una luz parpadea desde el mar negro como un pez fosforescente. A veces una, dos, tres luces al mismo tiempo.

Pero todavía no he salido de mi camerino. Todavía me alumbran otras luces, las de los bombillitas en el marco de un espejo en el que he colocado fotos de mi papi, mías y de mi papi cuando todavía estaba vivo y me cargaba como una cartera con mis piernas alrededor de su costado y mis manitas cruzadas sobre su hombro y en la foto detrás de nosotros los delfines del Miami Sea Aquarium hacían volteretas en el aire a la espera de una lata de salmón. Beso la foto y hago la señal de la cruz, me levanto sacando un cubo del hielo que enfría la botella de champagne para chuparlo y ahí están las camisas de seda negra, diecisiete, y los pantalones de gabardina negra a los que una negra con una plancha les ha sacado un filo que atravesaría el metal como un cuchillo japonés.

Acerco el dedo al filo y lo retiro inmediatamente como si me hubiera quemado diciendo con una voz que no es mía: impresionante.

Extraigo las perchas y procedo. Primero el pantalón y luego la camisa que cuando ya la tengo abotonada alguien viene a sacudirme o a librarla de una pelusa con una pinza.

Me cierro el pantalón, el zipper rueda eructando y afuera el murmullo impaciente ha degenerado en un millón de pies tronando contra el piso y palmas acompañadas que piden mi cabeza, que se meten un dedo, dos dedos a la boca para pitar disparando saliva y ruido. Yo imagino caras y manos en éste o aquel silbido, en medio de la gritería glotona surgen la papada, las manos, los anillos, las uñas postizas, los dientes que sonrían exageradamente de quienes allá afuera gritan, casi ensayados: SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA, SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA.

Me meto otro hielo en la boca y lo mastico. Cuando mis dientes terminan de crujir una orquesta invisible que se afana alrededor de instrumentos de cuerda y de viento se escucha y la gente oye la pri-

mera nota y comienzan a sangrar por la nariz, se zarandean por los hombros unos a otros con los ojos en blanco, se vomitan encima, lanzan sus mu- letas para arriba, se ponen malos, se cagan, se dan culatazos, codazos, se ponen de pie, todos al mis- mo tiempo, para recibirme.

AQUÍ VENGO. AQUÍ VENGO. Y AQUÍ ESTOY arrastrando el pantalón de papi (que me han grapado hacia arriba y que me cubre las sandalias de goma), la camisa de seda de papi (que hace poco por dete- ner este viento que me traspasa) y las patillas y bi- gote de magic marker azul y me quedo callada mientras la música avanza para que ustedes se car- llen como si fuera para siempre, como si se hubie- ran muerto, y escuchen lo que tengo que decirles.

Yo soy aquél que cada noche te persigue, yo soy aquél que por tenerte ya no vive...

La piscina refulge con un brillo interstelar y mien- tras hago las mímicas de la canción de Raphael sos- teniendo un cepillo de pelo como si fuera un mi- crófono distingo los cuerpos de las novias de papi que ahora se esmeran en aglomerar las camas flota- doras y los muñecos inflables en una esquina de la piscina para hacerse espacio e improvisar una co-

reografía de nado sincronizado. Afuera del agua nadie se mueve. Papi está sentado en un chaise lon- gue con María Cristina en sus piernas que me mira con unos ojos que chisporrotean como siempre sus ojos chisporrotean como fuegos artificiales.

El que te espera, el que te sueña, aquél que reza cada noche por tu amor...

Y hago los gestos que he hecho cien veces frente al espejo; cierro un puño, extendiendo un brazo como si llevara una bandeja, levanto la barbilla, cierro los ojos, golpeo el aire con la quijada, me imagino que papi o mami han muerto para que los ojos me bri- llen como si estuviera a punto de llorar y lo logro siempre. La gente babea, con caras de pánico. Y cuando Raphael de España está de nuevo diciendo yo soy aquél a través de mí, comienzo a descender del escenario, que es en realidad una mesa de fibra de vidrio a la que le han quitado el paragüita.

Desciendo muy lentamente primero, para no caer- me, sin dejar de hacer los gestos, sin dejar de hacer mímicas y ya en el suelo la miro.

Y ella me devuelve la mirada. Y yo la miro más y en mi mente los ataúdes de papi y de mami descien-

den simultáneamente para que dos lágrimas se mantengan coaguladas en la punta de mis ojos. Y sigo mirando a María Cristina mientras me acerco, lentamente, y cuando casi puedo rozar su nariz con la mía

*Y estoy aquí, aquí, para quererte,
y estoy aquí, aquí, para adorarte,
y estoy aquí, aquí para pedirte...*

Le agarro la mano, luego el brazo hasta rodear su cintura y con la otra me aferro a la escalerilla que me ha lanzado Kiki desde la nave suspendida silenciosa en el aire sobre mi show y que le hemos robado a uno de los invitados. Kiki maniobra hacia arriba alcanzando altura y María Cristina y yo nos despegamos del suelo y de papi muy deprisa, mientras nos besamos con los ojos cerrados y yo soy tan fuerte que mi brazo de ocho años nos sostiene a ambas y allá abajo, las piernas de todas las novias de papi erectas sobre el agua luminosa culminan su proyecto coreográfico junto a la voz de Raphael que ya sin mi boca finaliza: *AMOOOOOOR, AMOOOOOOR, AMOOOOOOR, AMOOOOOOR.*

Eso es lo único que se oye. Papi y sus socios re-partiendoselo todo, billetes de mil, billetes premiados de la Lotería, relojes, cadenas, fundas de plástico llenas de prendas de oro, sacacorchos marca porsche, mil millones de pesos en billetes de a cinco, one for you one for me, el menudo se lo echan a las matas.

Los socios de papi tienen todos una barrigueta y bigotes y relojes de oro como el de papi, y te hablan como si usaran walkie talkies aunque uno esté al lado de ellos. Papi y ellos se abrazan mucho y se golpean la espalda con las manos abiertas, sobre todo cuando acaban de venderle un carro o dos a tu maldita madre y se reparten los billetes encima del escritorio de papi, one for you one for me. Los socios de papi son casi todos más viejos que él, to-

dos menos Puchy, pero Puchy no es socio de papi. Aunque papi le ha regalado un reloj de oro, Puchy es más bien su ayudante.

Puchy, que hace poco me cogía mi ropa y mi bicicleta prestada, ahora se pone trajes como papi y zapatos y cadenas y papi hasta le presta los carros. Antes de que Puchy tuviera licencia él y yo nos metíamos adentro de dos carros parqueados en el Dealer de papi, Puchy en un Porsche negro, yo en un Jaguar marrón, y hacíamos como que echábamos carreras uno al lado del otro, chiritando los dientes como si fueran las gomas, los puños cerrados alrededor del timón y los brazos estrados duros como palos empujando el sillón hacia atrás con la espalda como que íbamos muy rápido, más rápido que el otro.

Pero ahora Puchy echa carreras de verdad y cuando papi le dice que me lleve a dar una vuelta Puchy puya el acelerador y el carro acelera como si fuéramos a salir volando. Puchy tiene muchos cassettes regados en los carros de papi, pone uno y canta clá vándome un dedo en las costillas do you come from the land down under y yo me agito riéndome aun que por dentro me da un pique porque ahora es que falta para que yo pueda manejar un carro de

verdad y poner mis propios cassettes y cantar i m a backdoor man y rebasar a Puchy y bajar la ventanilla y decirle ciaao, queriiiiido y que el aire de su carro se quede impregnado con la última frase de la canción que yo escuchó en el mío.

Puchy muy pronto va a convertirse en un socio de papi. Para ser socio de papi sólo le falta una novia y un día se la consigue y ya no hay quien lo aguante, con su rubia, su Mercedes y su anillo gor-do como un besito de Hersheys. A Milly le pusieron una tienda, papi se la puso. Mandó a Milly con 10.000 dólares a Miami a buscar la mercancía que iba a vender en la tienda y ella se gastó la mitad con sus amigas en cremas rehidratantes de trescientos dólares y masajes de quiniientos en una semana. La otra mitad se la echó encima en perfumes y papi tuvo que mandarla a buscar con uno de sus socios que le dijo a papi que Milly estaba mariconando. Algunas palabras se me complican. Es decir, no las entiendo muy bien. Primero que nada Socio. Yo pienso que es como decir Compadre, o sea que papi le bautiza las criaturas a sus socios y por eso es que los hijos de sus socios vienen y a modo de saludo le meten una mano en el bolsillo a papi y sacan dos, tres billetes. Los socios de papi tienen sus propios bolsillos y yo no voy a sacarles nada

y ni que se me ocurra que papi me suena si me ve haciendo algo así. La otra palabra es mariconería.

Cuando Milly volvió de su viaje papi se trancó con ella en su oficina y ni a mí me dejaban entrar. Cuando salieron Milly tenía un traje como el de papi y un anillo y le daba vueltas a un llavero que decía BMW en un dedo. Ya para ser socia de papi nada más le falta una novia. Y no va a haber quien la aguante.

Y ahora Puchy y Milly se ven igualitos, con sus trajes, sus anillos, sus cadenas, sus cassettes regados debajo del asiento del carro. La música a to lo que da. Y un perfume que la gente cae desmayada (plop) como si viera fantasmas cuando pasan. También tienen botas, raquetas de tenis, saquetas de golf, pelotas de basquetball, tablas de surf, skateboards, alfombras y muebles forrados en piel de leopardo propios porque papi les ha comprado a cada uno un apartamento. Y los mellizos andan uno a cada lado de papi y llevan el pelo cortado de la siguiente manera: un cerquillo del que sale una trenza larga y estrecha en el centro de la nuca, arriba una moña ladecada levemente rizada que les tapa un ojo. A veces un mechón rubio en la moña. Y trajes blancos con bleizers cruzados de botones forra-

dos de blanco y papi en el medio siempre de gris, de gris perla hasta los zapatos.

Papi trae carros, gente famosa, gente que quiere invertir en el país. Y la gente le trae regalos, le pide consejos, le compran carros, le entregan las llaves de uno. En cuanto papi estuvo de vuelta la gente empezó a visitarlo, gente pobre y jedionda de su pasado que papi me presentaba y me decía abrazándolos: éste me enseñó a manejar o éste me enseñó a bailar. Y papi los recibe en su oficina y escucha cómo los jediondos exponen sus planes magistrales en los que papi les presta el dinero para comprar una vanette para ponerla a conchar y al mes reúnen el dinero para comprar otra vanette y al mes otra (y los jediondos sacan una servilleta en la que han garabateado los cálculos de gasolina y pasajeros) Y así en un año los jediondos tienen toda una red de transporte público y le pagan a papi el doble de lo que papi les prestó. Y papi escucha mirándose las cutículas impecables y luego la secretaria les trae un cafecito y al jediondo le regalan una gorra con el logo de papi y no se habla más del asunto (papi le da palmaditas en la espalda mientras lo despacha con veinte pesos).

El día que papi llegó los jediondos ya estaban haciendo fila en el parqueo del edificio adonde vive mi abuela. Cilí y papi entró vestido de roba-la-gallina para cruzar a través del molote sin que lo reconocieran, pero ellos ya empezaban a armar casitas con cajas de cartón en el parqueo, tumbando palos de jabilla como leña para hacer un locrio de arenque. A la mañana siguiente papi salió al balcón en pantaloncillos y los hizo volver a sus casas diciendo que a cada quien le iba a tocar lo suyo, que no se desesperaran.

Y papi lo primero que hizo cuando llegó fue abrir sus maletas y los mellizos y yo esperábamos sentaditos muy tranquilos como niños buenos y Chirina, Leysi y Cilí abrazando a papi y besándolo en la boca cada vez que papi sacaba otro regalo. Cilí le secretea a papi: acuérdate de los tuyos, y papi entonces arranca una hoja de una libreta amarilla, moja el lápiz con la lengua y comienza a hacer una lista, cien para aquél, doscientos para el otro, cien para este otro. Cilí chequea sobre el hombro de papi que estén los nombres de todos. Dinero, neveras, carros, hasta casas para algunos en nombre de los viejos tiempos.

Papi está haciendo su lista, y no termina nunca. Él se la enseña a China o a Leysi y ellas le dicen: acuérdate de Don Chichí y del Sargento Alegría, o: y tú no vas a poner a los huérfanos de la difunta Evarista? Papi está haciendo su lista. Cien dólares para ti, cien para ti, cien para ti y cien para ti. Ya pone todos los nombres, pide que cada uno le hagamos una lista de la gente que nosotros creemos. Y a cada uno de los que están en la lista se le pedirá una lista. Papi no quiere que se le olvide nadie.

Me voy a un hotel, le dice papi a Cilí. Papi necesita espacio para recibir a toda esta gente. Me voy a comprar una casa, le dice papi a Cilí. Y papi se compra una casa y un apartamento y un solar adonde pone los carros que trajo para vender y al día siguiente ya están rodando el comercial y al día siguiente papi sale en la tele dándole la mano a otro cliente satisfecho y se estrechan las manos tan fuerte que parece que se las van a romper. Papi ya tiene secretaria, tiene dos secretarías que cogen el teléfono y organizan las listas por orden alfabético o de importancia o no organizan nada y salen con Puchy a comprar dulces de cajuil que se comen en el carro sacándose los zapatos de tacón y moviendo los dedos del pie frente a la ventanita del aire acondicionado.

Y ahora para mayor eficiencia hay una contestadora automática en la que mi voz dice papi no está, deje su mensaje después del beep, y papi lo primero que hace cuando llega a su oficina como a las once de la mañana bajándose una Rapidita contra la resaca con un vaso de leche es punchar el botón para escuchar la larga lista de mensajes en la que las voces de los jeditos, los socios, los familiares, los allegados, los periodistas, los clientes y las novias de papi se suceden unas más chillonas que otras. Papi se sienta en su escritorio, toma el control de la tele y pone un canal cualquiera, luego con los dedos en el escritorio se pone un dedo índice en la sien y luego los dedos le dibujan círculos en las sienes. Los mellizos revoloteando sobre el espalda de su sillón como angelitos sobre un pesebre navideño.

Cuando papi mueve los dedos así realmente está haciendo dinero. A mí no me pasa, yo me pongo los dedos en la sien y no pasa nada. Pero papi sí. Sólo hay que ver cómo cuando papi se pone los dedos en la sien inmediatamente entra alguien y se reúnen y cuando papi y yo volvemos a estar solos papi me dice: te estoy haciendo millonaria. Y luego salimos a comer con una de las novias de papi a un

restaurante de lujo y yo pido una pizza y él me pregunta que para qué me trae a este sitio si voy a pedir una pizza y la novia que es más lambona que el diablo se pone de mi lado y las dos golpeando la mesa con el tenedor y el cuchillo gritamos pizza! pizza! pizza!

Y la pizza llega y nos la vamos comiendo, primero quemándonos la lengua con el queso, luego dejando los bordes en los platos, porque ni papi ni yo nos los comemos y la novia es tan lambona que tampoco. Durante el postre papi le agarra uno de los dedos a su novia y me muestra el anillo con un diamante del tamaño de una bola de chicle que la novia tiene puesto. Vamos a casarnos, me anuncia la novia, el sábado que viene.

Y papi se pone los dedos en la sien (y le gente en el restaurante cree que es porque le duele la cabeza) y comienza a producir dinero y casas y decorados que arrastran un muestrario de telas, uno de pinturas, otro de losetas y la novia de papi le dice a los morenos que lleven y traen: lo que me rompan me lo pagan, y cierra el puño y el diamante del tamaño de una bola de chicle expulsa un rayo ensordecedor que marca a distancia el color o la tela o la loseta elegida en los muestrarios, fulminando a los

pintores, albañiles y decoradores si ella no apunta bien. Y los dedos en la sien de papi también producen trajes y vestidos, pedicures y manicures para todos los invitados, y producen el alquiler de seis autobuses con camareros para trasladar los invitados hasta la finca que papi con los dedos a cada lado del cráneo está produciendo en este momento y el arquitecto que diseñó la casa a orillas del río y la madera y el cemento y los trabajadores de la finca (con una familia cada uno) y todavía estamos en el restaurante de lujo cuando papi (con los dedos haciendo círculos tan pequeños que parece que va a hacerse hoyos en las sienes coloradas) produce los últimos tres caballos de los veinticinco caballos que va a tener en su finca.

Y llega el día de la boda y la novia y papi se casan. Pero antes de que firmen y a la novia se le corra el maquillaje con las lágrimas, el fotógrafo hace las fotos de la pareja junto a la piscina, de la pareja bajando por la escalera, de la pareja acariciando uno de los potros, de la pareja sosteniendo la copa de champagne, de la familia del novio, de la familia de la novia, de ambas familias alrededor del bizcocho de siete pisos, de las madres de la pareja, de la novia con los mellizos, de la hija del novio, del bizcocho de siete pisos. Luego hacen copias para todos

de la mejor foto de la pareja, tamaño cartera, y detrás la novia de papi escribe un mensaje cariñoso, sobre el que yo luego pongo un número con el que voy organizando las fotos junto a las otras bodas de papi que se acumulan como postalitas de baseball atadas con una gomita verde.

Todos los viernes la guagua de la escuela me deja en el Dealer de papi, porque mami no tiene carro, mami ni siquiera puede manejar uno y me manda a la escuela en la guagua. El chófer que se llama Siboney y que es un negrazo bebú con los dientes gordos como dedos, me dice: espejuelá! cada vez que me subo a la guagua o cada vez que me voy por el retrovisor y luego en el segundo asiento está Juan José que me dice mosquito súper desarrollado y tres asientos después Danián me dice mini bruja y luego (ya más en confianza) me dicen Flaquindé, denutre, garza, biatrá, espaguetico, maría palito, cacatúa, jirafa, palo e lu, poste e lu, juana salta y topa, mangueroide, raquítica, baquebolista, let me check, dice la secretaria de papi cuando entro al aire acondicionado y le dice a papi que yo estoy aquí y yo oigo la voz de papi que le dice que cuántas veces va a tener que decirle que a mí no me tiene que anunciar.

A veces papi está en una comida de negocios y cuando yo llego la secretaria me pide una pizza y yo me siento en la oficina de papi y repaso todos los canales del cable y como a las seis de la tarde papi llama por teléfono y le dice a la secretaria que me ponga en un taxi para casa de mi mamá porque la reunión va a prolongarse.

A veces papi me lleva a sus comidas de negocios que son comidas en restaurantes en los que sus socios piden langostas que destrozán sin ayuda en un alicate y se rien más duro que todo el mundo en el restaurante escupiendo partículas de marisco en el cristal de mis lentes cuando vuelve a empezar la carcajada y golpean la mesa con el puño y se aflojan la correa y el botón del pantalón cuando han terminado de comer y cuando pasa una muchachita que todavía no usa brasier dicen qué pezoncitos, y papi dice la niña, la pinta y la santa maría para que se acuerden de que estoy ahí, para que se acuerden de que yo también tengo pezoncitos. Y entonces tosen en la servilleta y cambian de tema y ahora hablan de las mujeres de sus compadres, de las hijas de las mujeres de sus compadres y de lo mucho que se parecen estas hijas a ellos y de nuevo un garbanzo salivoso cae sobre mis lentes.

Ahora miran el menú de postres y yo miro a la muchachita de los pezoncitos, que es como de mi edad y que me mira desde su mesa en la que su mamá y su papá discuten amenazándose con las cucharas. Me levanto y voy al baño y ella me sigue. Ya allí dentro yo le cuento que cuando yo era chiquitica me salió una bolita en un pezón, una bolita del tamaño de un guandul y me la cortaron en el consultorio con anestesia local. Y yo me acuerdo muy bien de la bolita cayendo en la camilla de acero inoxidable que congelaba. Y luego yo perdía papeles, porque el doctor me había envuelto ese lado del pecho con gasas y curitas y esparadrapos y los esparadrapos se iban cayendo ellos solos como las hojas de los árboles.

Y después cuando las novias de papi se enteran de mi intervención quirúrgica y mi convalecencia me mandan pizzas y fotos de sus anillos de plástico con la carita de Winnie the Pooh que dizque eran diamantes, y me mandan regalos, me invitan al cine, y mami echa los regalos sin abrir en la basura, y los niños del barrio esperan a que mami lo haga para ir a recogerlos y luego sus madres los echan en la basura porque sus hijos no juegan con basura. Al final los niños del barrio se pusieron de acuerdo y recogían los regalos y los enterraban marcando el

bones, cuando la secretaria me avisa por el intercom que alguien mandó un regalo «especial» para papi, le digo que lo envíe y un payaso con tetas en bikini entra por la puerta de la oficina de papi y se sube con sus tacos al escritorio y se pone en cuatro patas sobre el escritorio y canta el happy birthday to you estrujándose las tetas en el control remoto que tengo en la mano. A mí me da tanto miedo que los bombones se me derriten en la boca.

Cuando la payasa se va le digo a la secretaria que no estoy para nadie y me quedo a solas en la oficina por mucho tiempo. Apago la tele y recorro el lugar sin levantarme del sillón con rueditas y haciéndome rodar usando ambos pies como remos. Me detengo frente al mural detrás del escritorio de papi, un paisaje de palmeras y edificios y luces y símbolos de Mercedes Benz y algo que parece un río de salsa de tomate saliendo de la ventana de un Mercedes. A la izquierda del mural hay una puerta que conduce al baño de losetas negras hacia cuyo interior me deslizo sin deshacerme del sillón. El baño es mi lugar favorito de la oficina de papi, con su bañera también negra y sus grifos dorados en forma de dragón. Me levanto del sillón y abro la llave del lavamanos para desperdiciar jabón, como dice Cillí, apretando el dispositivo para que el jabón fl-

quido que es verde caiga en mi mano como los mocos de un monstruo. Junto al lavamanos hay otra puertecita más pequeña que conduce al sauna, en el que yo misma embadurné las paredes de Vicks VapoRub hace unas cuantas semanas porque papi me lo pidió, y yo entré con el pote de Vicks y fui regando las paredes de cedro con los pegotes mentolados del ungüento, y papi después me contó que a él se lo ponían en el pecho todas las noches cuando era chiquito para que respirara mejor.

Y aunque la oficina, el baño y el sauna están muy aislados, el bullicio de la avenida se cuele y se escuchan las bocinas impertinentes de los carros que se paran en fila india a ver los Porsches plateados, los Ferraris rojo chino, los Audis negrecitos que tiene papi allá afuera y escucho los motores de cada uno de los carros en fila y cómo en sus mentes los dueños de los carros en fila encienden los motores de los carros de papi y cómo mañana van a empuñarlo todo para comprarle un carro a papi y van a descojonarse a millón Lincoln abajo hasta el malecón, hasta los arrecifes, hasta el fondo del mar adonde los tiburones van a perder los dientes con tanta cacrocera.

Porque, como dicen sus socios, papi tiene el abrazo del oso para comprar y la caricia del tigre para vender. Y papi está creciendo, y sus socios con él, echando pa'lante tan rápido que ya casi ni se ve. Ya casi nadie lo ve. Guardándose siempre el auto más veloz para sí, dejando una cortina de humo por donde pasa, convirtiéndose en humo. Un humazo. Y junto al banco del sauna no hay otra puerta más pequeña que la anterior, por lo menos no a simple vista. Hay que meter los dedos en una hendidura en la madera para darse cuenta de que hay una entrada secreta, que yo había descubierto gracias al Vicks VapoRub y la abro, escuchando cómo todos corren a saltar desde el malecón en carros deportivos y, aquí hay que ponerse de rodillas, penetro dentro de la cámara, en que cabríamos papi, yo y alguien más, en posición fetal. Y al fondo la puertita más pequeña de todas, que se abre con una combinación.

Papi y yo andamo loquisimo por la cartera. Carretera, me corrige papi, carretera! Oyendo música, recitando los números y las letras de las placas de los carros que vamos rebasando como si fueran poesía. Y afuera del carro de papi un pastor alemán que posa en la parte de atrás de un Volvo o una novia de papi pidiendo bola con el dedo pulgar que nos apresuramos a atropellar y yo voy anotando las novias aplastadas con una tiza sobre la guantera. Perros y novias, perros de raza y novias. Chow chows, poddles y huskies siberianos que mueven sus melenas contra el viento como las moldes en un anuncio de abanicos Oriental.

Déjame explicarte, me dice papi, que siempre me está explicando algo. Hace rato que estamos huyendo, hace rato que papi y yo no vemos a nadie

más que yo a él y él a mí. Y a veces los perros y las novias. Cuando no es frente a frente es por el reflector por donde yo le hago muecas a papi desde el asiento de atrás cuando vamos a mil en el Mercedes de papi, comiendo cheetos, snickers y gummie bears que se tiran de mi mano para morirse debajo de mi asiento. También dormimos en el Mercedes, que es de color champagne con vidrios eléctricos y una campanita que suena para que nos pongamos los cinturones de seguridad, pero no nos los ponemos nunca y la campanita se cansa. A mí me encanta cómo huele el Mercedes por dentro y clavó los dedos en el leather color beige para ver cómo la piel se calca con la forma por mis uñas, que hace rato que no me las corto y que papi me limpia con un cuchillito que en el mango tiene un Cristo de oro con esmeraldas en la corona de espaldas.

Cuando cae la noche o papi se cansa de manejar nos detenemos en uno de los parques que hay a cada lado de la carretera para la gente como nosotros y echamos los asientos hacia atrás. A veces papi se duerme, pero yo no puedo dormir y abro la puerta y la empujo y camino hasta el borde de la carretera y les digo adiós con la mano a los otros carros que pasan o en mi mente cuento los rojos, los azules, los grises. Una vez me dieron ganas de

cruzarla y estuve allí con un pie en la acera y otro en la carretera para sentir cómo vibraban los camiones y carros que pasaban muy rápido por delante de mis ojos, hasta que mi propio pie con su sandalia sobre el asfalto me pareció el pie de otra niña, como un pie en una foto y me dio miedo y volví al carro a hacerme la dormida.

Déjame explicarte, me dice papi, y ahora vamos muy rápido por una autopista. Autopista!, me corrige papi, autopista!! Y cada diez kilómetros hay uno de éstos, me dice papi sacando el brazo entero por la ventana como si fuera a sacudir la ceniza de un cigarro y señala unas torres que terminan en forma de besito de hersheys, como los palacios de los que salen Aladino, un sultán, una alfombra mágica o un genio. Son para que la gente que anda como nosotros se detenga, me explica papi, porque las torres son el símbolo de estas cafeterías, que cada cierto tiempo aparecen en el paisaje. Y en las cafeterías venden desayunos y refrescos y cartones de un cuarto de litro de leche, que antes se los damos a probar a un gatito o a un perro callejero para que las novias de papi no vayan a envenenarnos. Papi de lo que se queja es de los huevos revueltos y siempre dice que los de la cafetería anterior estuvieron mejores y yo me imagino cómo cada diez kilóme-

tros los huevos van desmejorando, empeorando hasta el infinito en la dirección en que vamos papi y yo y en dirección contraria son cada vez mejores, ganan concursos, se presentan a la presidencia, pero entonces papi me interrumpe con un hotdog y un Seven Up o una paleta de helado que le chorrea la mano y arranca de nuevo.

Papi pone un cassette con una canción que nos gusta mucho a los dos: un muchacho dice que se le perdieron sus jeans marca unicornio, que se los busquen, que por favor, pero el muchacho no dice se me perdieron mis jeans marca unicornio, sino que dice directamente mi unicornio azul ayer se me perdió, y uno cree que el muchacho está hablando de un unicornio y no de un jeans. Papi me lo explicó. Me dijo: lo que pasa es que en algunos sitios los huevos revueltos los hacen en el microondas, por eso son tan malos. Y luego me explica cómo funciona el microondas y cómo fue que un soldado que utilizaba un arma tenía un grano de maíz en el bolsillo y se le convirtió en pop corn y así nació el microwave y los huevos malos. Déjame que te explique: rayos, uno no los ve, pero si te caen en la mano te dan cáncer.

A veces papi se pierde y nos metemos en un pueblito por horas y papi se baja del carro y hace llamadas desde cabinas telefónicas y yo bajo el vidrio y recuesto el codo del borde de la ventana, cantando, mascando chicle y tronando los dedos. Y papi me manda a callar tapándose una oreja como un cantante y golpeando el aparato con el auricular que tiene en la mano y escuchando el aparato y pateando el aparato diciendo coño, coño, hijo de puta.

Hace tiempo que papi y yo lo único que vemos son moftetas muertas, piedras, paisaje, las luces de la carretera, desayunos y cenas hechos en microondas, gente que sirve pop corn directamente de sus bolsillos a gente como nosotros, que en su mayoría no son turistas sino camioneros. Me preguntó si todos van al mismo lugar que nosotros. Papi a veces hace una llamada o se reúne con alguien en un parqueo oscuro mientras yo me quedo en el Mercedes escuchando un partido de baseball en inglés, lo único que se entienden son los aplausos. Papi a veces se sale de la carretera y empezamos a ver tiendecitas, callecitas, barberías cerradas, y ni un vivo porque es muy tarde, como las cuatro de la mañana. Nos detenemos en el parqueo de un supermercado y papi me dice que no me preocu-

pe, pero yo no me estaba preocupando. Luego un Impala, un Lincoln, un Cadillac color vino se par- quea y papi se desmonta y camina hasta el Cadillac, de donde sale un gordito de bigote y pelo chorrea- do muy negro con un poloshirt gris de cuello negro y reloj de oro. Papi abre el baúl de nuestro Mer- cedes para enseñarle al gordito las cosas que he- mos comprado en el camino, diciéndole déjame explicarte y le muestra la Nikon tirándole una foto, la raqueta de tenis abanicando un derechazo con ella en el aire, la cassetera que papi me compró junto con un cassette de Billie Idol y hasta le pone un pedacito de *Dancing with Myself*. Y entonces me dan ganas de enseñarle al gordito el reloj de Trans- formers que papi me compró esta tarde y abro la puerta y ya llego con la muñeca levantada para ense- ñarle al gordito mi reloj, pero el gordito está en el suelo y papi trata de despertarlo con una patada en la cabeza mientras limpia su pistola con una toallita del pato Donald que fue lo último que compramos.

Cierra el baúl, me dice papi, y se echa el gordo al hombro para llevarlo hasta su Cadillac, y como sos- tiene la pistola con la boca no lo entiendo bien cuan- do me dice algo que creo que es que no me preo- cupe, pero yo no me estaba preocupando y en el parqueo que es enorme sólo estamos nosotros, el

Cadillac del gordito y el Mercedes, y una cola de carritos de supermercado metidos unos por detrás de los otros como legos. Chequeo la hora en mi reloj de Transformers y papi me explica: es una en- fermedad. Sienta al gordo al volante de su Cadillac le pone la pistola en la mano, le da un besito en la frente y cierra la puerta.

Un día por fin nos detenemos en un motel que tie- ne piscina aunque papi no me deja meter ni una pata, y yo por eso subo el volumen de la tele a to para no oír los salpiconazos de los demás. Ya estamos en Orlando, me dice papi, exprimiéndose una espi- nilla en la barbilla frente al espejo, y yo le digo que sí con la cabeza con el control remoto en la mano. Luego papi coge un mapa y se tira en la cama para explicarme que Epcot Center está aquí. Y hace un círculo con el dedo sobre el mapa y luego subraya la palabra Orlando con el mismo dedo en el mapa y yo entiendo. El centro del universo. Y luego papi me dice vuelvo de una vez. No le abras a nadie, oíste? Y sale con su gorra de los Dodgers porque el manager es Mani Mota. Por un rato yo me quedo muy tranquila viendo videos en MTV para después contárselos a alguien. Y después entiendo que papi no va a volver nunca y que por eso me dejó el mapa en la cama y agarró el mapa por una esquinita para

atraerlo hacia mí y el papel se arruga y suena como cohetos chinos explotando. Y trato de doblarlo hasta convertirlo en el rectángulo que era antes y más cohetos explotan, y ahora papi se detiene en una gasolinera y está olvidándose de mí, echando gasolina y olvidándose de mí. Y yo voy a quedarme aquí en Orlando viviendo en esta habitación para siempre, con el volumen de la televisión muy alto y viendo MTV sin abrirle la puerta a nadie, memorizando cada escena de los videos para con-társelos un día a alguien, con un mapa mal doblado y sin haber visitado Epcot Center.

Pero papi vuelve siempre, a veces yo estoy durmiendo cuando papi vuelve y lo que me despierta es el olor a hamburgers y a papel caliente. Y papi y yo nos comemos los hamburgers, los cheese burgers, los bacon mushroom cheese burgers y papi pone boca de hamburger y le arregla el calimete a un Seven Up grandísimo y me lo ofrece con ojos de hamburger y luego yo me acuesto boca abajo para ver la televisión y papi recuesta la espalda en el espaldar agarrando con la boca el apple pie como una perra a un cachorrito porque tiene ambas manos ocupadas, una con el control remoto y la otra con uno de mi pies. Papi me jala los dedos del pie para tronármelos y suenan crac y a mí me da un pique.

Cuando papi me despierta porque tenemos que irnos me dice que me he pasado la noche hablando. Yo no me acuerdo de nada. Pero él me dice que sí, que me he pasado la noche hablando en sueños. Es por los muñequitos, dice papi. Pero yo no me acuerdo. Salimos al parqueo y yo le digo a papi mira qué linda, señalando la mañana sevillana que había clavada en una rueda del Mercedes. A papi le clavan sevillanas en las gomas todo el tiempo. Yo pienso que son las novias.

Y entonces papi me dice que me monte en el carro y yo me monto sin poner la radio mientras él cambia la goma, subiendo el gato hidráulico con el pie, mirando la sevillana por arriba y por abajo con ojos de apple pie.

Y manejamos mucho rato y yo no me atrevo a preguntar por Epcot Center, ni siquiera cuando veo una bola gigante resplandeciente con una escalerita a un lado como una nave a punto de despegar, pero papi me lee la mente y me explica: agua. Y ya yo sé cómo va a terminar esto, mucho Epcot Center, mucho miqui mau, pero al final adonde me llevan es al Miami Sea Aquarium y me dejan empujar un cochecito en forma de delfín. Y luego vemos los del-

fines y las ballenas dando brincos en una piscina y una chica mete la cabeza dentro de la ballena y yo esperando a miqui mau mirando mi reloj de los Transformers, porque papi me había dicho que miqui mau y el pato Donald también venían a ver los delfines.

7

Papi va tan rápido que el que le coge atrás siempre está tarde. Él va tan rápido que uno lo único que alcanza a ver es el humazo que va dejando por donde pasa. Pero más rápido que papi voy yo, que cuando oigo su voz desde el parqueo apurándome le grito nada más me falta ponerme los zapatos, ciega de champú bajo la ducha.

Las novias de papi van más rápido que nadie y se han puesto ellas mismas una oficina para organizarse, para ir concertando citas con papi, y ahora ellas tienen su propia secretaria para que se comuniquen con la secretaria de papi (que entre secretarías se entienden mejor) y son todas tan bellas y tantas (las secretarías tanto como las novias) que a veces tienen que alquilar un hotel para conocerse todas y se intercambian tarjetas de presentación que